MATILDE DE ORLEIM.

DRÁMA EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA.

ACOMODADO A NUESTRO TEATRO

DEL FRANCÉS,

POR

D. A. M. E.

REPRESENTADA EN EL COLISEO

DE LOS CAÑOS DEL PERAL.

MADRID MDCCCIII.

EN LA IMPRENTA SITA CALLE

DE CAPELLANES.

PERSONAS DE ESTE DRAMA.

EL CONDE DE ORLEIM.

MATILDE, *su hija.*

AMELIA, *amiga de la difunta Condesa de Orleim, y aya íntima de Matilde.*

ERNES, *joven, sobrino del Conde.*

MR. HERMAN, *Capellan de la casa, en trage de Abate.*

MR. BLUM, *Mayordomo del Conde.*

EL BARON DE VODMAR, *joven.*

LUISA, *Camarera de Matilde.*

FELIPE, *amante de Luisa y criado del Conde.*

CARLOS, *criado de librea del Conde.*

Criados del Conde y del Baron.

La Escena es en el Palacio de Orleim, situado en una Granja.

ACTO PRIMERO.

Representa el Teatro un espacioso salon del dicho Palacio. Habrá una puerta á la izquierda de los Actores, otra grande al fondo que dá al jardin, puesta entre dos ventanas, por las que se descubre vario espacio de terreno y camino que conduce á la puerta de la entrada. Dos grandes plantíos transversales á corta distancia de las ventanas. Una papelera cerrada al lado derecho, y varios asientos y muebles correspondientes á la magnificencia del salon.

ESCENA PRIMERA.

LUISA Y FELIPE.

FELIPE. ¿Conque por último, mi querida Luisa, estás determinada, y me prometes amarme siempre?

LUISA. Sí, Felipe mio, siempre, siempre; y puedo asegurartelo sin el menor miedo de faltar á mi palabra, porque soy de una familia que jamás supo lo que es la infidelidad.

FELIPE. No, pues tales familias no dexan de ser hoy harto raras en el mundo. Ni me atreveria yo á jurarte que sea de

ese número la mia ; pero en fin yo serviré de exemplo á mis descendientes.

LUISA. Como que lo espero así..... El Conde, nuestro amo, llega hoy, y en el mismo dia le harás la propuesta. ¿Quedamos conformes?

FELIPE. Dos horas le doy de descanso, porque no es corto el paseo que hay desde Berlin á este Palacio.... Déxole alentar un poco, y luego me abalanzo á él, y con la mayor política le hago sabedor de nuestros proyectillos ; los aprueba, nos dá un buen dote, nos casamos, somos felices y principiamos prontamente con una nueva raza de esa dichosa clase de gentes que ignoran lo que es la infidelidad.

LUISA. Cuidado conque te se escape esa palabra delante del amo; mira que lo perdiamos todo.

FELIPE. ¿Y por qué?

LUISA. No te lo puedo decir, en primer lugar porque es un secreto, y en segundo porque.... no lo sé.

FELIPE. ¡Esa si que es una poderosa razon! Pero digo ¿será tal vez porque el Señor Conde habrá dado con alguna infiel?

LUISA. (*Arrimandose al oido de Felipe.*) Así se decia á la sordina.

FELIPE. Pues no es posible que lo fuese

la Condesa, su esposa, cuya muerte ví que lloró toda la familia.

LUISA. (*Aparentando saber mas de lo que quiere decir.*) ¡Ha!....

FELIPE. ¿Es verdad lo que he oido de que vivieron separados unos diez años?

LUISA. Si ¡diez años! mucho tiempo es para quien ama de veras, y mas si ni aun puede quejarse.

FELIPE. Añadamos á eso, que sabiendo el Conde que estaba ella para morir, se encerró con obstinacion en su Palacio, y no permitió el ir á recibir sus últimos suspiros.

LUISA. ¡Y esta absoluta prohibicion de que por ningun caso se le pueda nombrar á la difunta!....

FELIPE. ¡Y el modo de portarse con Matilde, su hija, que despues de la muerte de su madre se la traxo aquí, donde está peor que una estraña!....

LUISA. Todo esto dá muy bien en que pensar.

FELIPE. Yo te aseguro, que á estar yo en esta casa anteriormente, ya estaría algo mas adelantado en el particular... Tal vez la Condesa, á quien todos suponeis tan virtuosa, habria en efecto.....

LUISA. (*Interrumpiendole con viveza.*) No digo yo tanto.

FELIPE. ¿Pues qué es lo que dices?

LUISA. Nada. . . . Si no que tú me haces hablar. . . . Supon con certeza que nada sé de positivo, y que nadie en casa sabe sobre esto mas que yo. . . Ni aun nuestro Abate Herman, íntimo del amo. . . . Y como este no lo sepa á fondo, á nadie seguramente se le ha confiado el asunto.

FELIPE. ¿Y Madama Amelia, esa amiga antigua de la Condesa de Orleim, que nunca ha abandonado á Matilde. . . . Madama Amelia, no lo sabrá?

LUISA. ¡Oh! ¡si esa hablára!. . . Entonces. . . . Pero no, no se la escapará ni una sola palabra.

FELIPE. Pero el sobrino del Conde, el joven Ernés, que le heredára seguramente á pesar de su propia hija ¿qué dice á todo esto?

LUISA. ¿Quién? ¿Mr. Ernés? Desde su pasada enfermedad, cuya fecha se cuenta desde el arribo de Matilde á esta casa, se mudó su caracter enteramente. . . El que era ántes tan alegre, ha caido ahora en una melancolía. . . . ¡y en tal especie de languidez! . . . . No, que me enmelen sino le ha petado su prima.

FELIPE. ¡Puede ser! pero ¡y qué nos importa á nosotros!. . . . Ello es que en casi todas las familias suele haber unos secretos, que el diablo que los entienda.

Vaya, dexemos ya esto en que no nos debemos meter. . . . Me dá lástima el amo, eso sí, porque no es muy dichoso; y no me compadezco ménos de la pobre Matilde, cuya madre fué culpable, pero aun así no debia ella pagar delitos agenos. . . .

LUISA. ¡*Delitos*!. .. ¡*Culpable*!. . . . ¡*Su Madre*!. . . ¿Y quién te ha dicho una palabra de todo eso? Cuidado con que hables así delante de otros; mira que nos pondrian en la calle á entrambos.

FELIPE. ¿Yo? ¿hablar? Si, si, con todos parezco mudo, ménos contigo. . . . Pero calla, que el Abate Herman viene.

ESCENA II.

MR. HERMAN, LUISA Y FELIPE.

HERMAN. ¿Qué tal ha pasado la noche la Señorita Matilde?

LUISA. Señor Herman, harto mal.

HERMAN. (*Aparte.*) ¡Pobre criatura! (*En voz alta.*) ¿Y Madama Amelia?

LUISA. Procura esforzar á su amiga.

HERMAN. ¿Qué, no baxarán aquí un rato esta mañana?

LUISA. ¡Ay Dios! ¡si, baxar!. . . . Mr. de Orleim está para llegar.

HERMAN. Ya lo sé; pero es aun muy

temprano, y no llegará el Conde hasta medio dia.

LUISA. Mr. Ernés, su sobrino, creo que vá á montar á caballo para salirle al encuentro.

HERMAN. El sobrino será bien recibido.... (*Aparte.*) y la hija tendrá que esconderse. . . . (*A Felipe.*) ¿Está en casa el Mayordomo?

FELIPE. ¿Quién? ¿Mr. Blum? Yo acabo de estar con él.

HERMAN. Podeis decirle que se sirva pasar aquí. Tengo que decirle, y le espero en esta misma sala.

ESCENA III.

HERMAN Y LUISA.

LUISA. Me subo á la habitacion de Madamas. ¿Nada mas quereis que las diga?

HERMAN. Aquí las veré quando baxen.

LUISA. ¡Ha!. . . ahora me acuerdo, Mr. Ernés, que me vió al amanecer en el patio, me preguntó si podría veros.

HERMAN. Me importan muy poco sus visitas.

LUISA. Sin embargo es un joven precioso.

HERMAN. Sí, su exterior no cabe mas.

LUISA. Pues su fisonomía anuncia su honradez.

HERMAN. Los hombres saben hoy muy bien tomar la fisonomía mas conveniente á sus intereses.

LUISA. (*Aparte.*) Vaya, este no quiere bien á Mr. Ernés, y es el único defecto que yo le hallo. (*A Mr. Herman.*) Con que en ese supuesto le diré, si le vuelvo á encontrar, que no quereis verle.

HERMAN. No, no tan á secas.... Yo puedo pensarlo así, pero sería un grosero en decirselo de ese modo....Es el sobrino del Señor Conde.... Si os pregunta otra vez por mí, decidle que estoy ocupado, y con extremo.

LUISA. Bien está.... (*Aparte al marcharse.*) No sé cómo hay quien no estime á Mr. Ernés; eso lo siento.

ESCENA IV.

HERMAN SOLO.

¡Mr. de Ernés!.... Mr. de Ernés, que se aprovecha de la preocupacion de un padre irritado, que recogerá los frutos de la injusticia; que privará de sus bienes á la heredera natural, enriqueciéndose con sus despojos!.... ¡Eh! le aborrezco.... O quando menos hago lo posible para ello, aunque á la verdad no dexa de serme costoso... Ya se vé, tiene

un ayre de modestia, cierta sensibilidad, y tal candidez, que hablan á su favor, á pesar de quanto pueda encontrarse en él de malo. . . . Pero, ¡ vaya Vmd. á penetrar el secreto de la conciencia de los hombres!

ESCENA V.

HERMAN Y BLUM.

BLUM. Me acaba de decir Luisa ahora mismo, que teniais que hablarme.

HERMAN. Verdad es, mi estimado Blum. El Señor Conde de Orleim estará aquí pronto. . . . ¿Lo teneis dispuesto todo en el palacio, como os encargué de su órden?

BLUM. ¡Ah mi padre Capellan! Si Señor, todo está arreglado ya. Está puesta tambien la reja de hierro, y la puerta grande que cierra el corredor, y ha de separar los quartos del amo, de los que habitan su amable hija y Madama Amelia, su compañera. En fin todo está lo mismo que os previno.

HERMAN. Mas vale asi.

BLUM. En los quatro años que ha que sirvo á Mr. de Orleim, nada me ha mandado cuya execucion me haya sido tan costosa. . . .

HERMAN. Bien lo creo.

BLUM. ¿Con que tenemos otra vez ya á la amable Matilde prisionera, mientras que su padre esté aquí?

HERMAN (*Suspirando.*) ¡Prisionera! Sí, con todo el rigor del término.

BLUM. ¡Y por la orden de un padre!

HERMAN. Lo que debe admirar mas es que lo manda asi un hombre bueno, generoso, humano, bienhechor con todo lo que le rodea, y solo bárbaro para con su hija.

BLUM. Yo no concibo ¡cómo es que puede aborrecerla!

HERMAN. El la adoraba, Mr. Blum.... Como que es su hija única. Yo mismo le he conocido por seis años enteros el padre mas tierno. Matilde es un retrato perfecto de su madre, y nadie ignora el intenso amor que tenia el Conde á Carolina su amable y desgraciada esposa.

BLUM. Eso de amar á su muger y desterrarla de su vista; dexarla perecer en el último abandono; tener de ella una hermosa hija, y constituirla prisionera en la misma habitacion en que estan; no consentir jamas en verla, y amenazar á qualquiera que se la nombre con echarle de casa sin arbitrio. . . No dexareis vos mismo de conocer que hay

en todo esto un extremo de rareza singular. . . .

HERMAN. ¡Oh! todas las mayores contradicciones se suelen abrigar en el corazon humano. Razon y desvarío, crímen y virtud, venganza y remordimientos.... Tal es todo hombre, mi querido Mr. Blum, con corta diferencia; así somos. No tenemos ciertamente de que ensoberbecernos.

BLUM. Pues yo he oido que el Baron de Vodmar tiene sus ciertas miras sobre Matilde. ¿Por qué no se la dará nuestro amo?

HERMAN. Nunca conseguirá Vodmar á Matilde. Con solo oir su nombre se muda de color Mr. Orleim; se estremece, y se suscitan en él tales sentimientos, que apenas basta su razon á contenerlos.

BLUM. Y en cierto tiempo Mr. de Orleim fué el amigo de su padre.

HERMAN. Sí, su intimidad fué extremada; pero hallandose viudo el difunto Vodmar, y ya con este hijo, pretendió casarse con Carolina. Obtuvo la preferencia Mr. de Orleim. . . . Venció su pasion Mr. de Vodmar, y se hizo su mas fino amigo. . . Pasaronse seis años en su mutua amistad. . . . Un viage de Mr. de Orleim, su ausencia por el espa-

cio de quince meses, y su vuelta aquí tan repentina como inesperada, separan los amigos, desunen á los dos esposos, y siembran la desolacion en toda la familia. La Condesa y su hija parten de aquí á la media noche; vanse á encerrar á una casa de campo muy distante de esta: Mr. de Orleim se retira á Berlin, no vuelve á dexarse ver mas el Baron de Vodmar; huye de la Prusia, viaja, y no dá la vuelta á su patria, sino para venir á espirar en ella.

BLUM. Eso prueba ya que algun justo motivo de zelos....

HERMAN. ¿Pues qué? ¿necesitan jamas los zelos de un justo motivo?....

BLUM. Pero en fin Madama la Condesa...

HERMAN. Era la muger mas íntegra y respetable.... Pereció víctima de un misterio, que acaso nunca se conocerá.

BLUM. Aquí entra Mr. de Ernés.

HERMAN. (*Con disgusto.*) ¡Vaya!... No le puedo ya evitar... Retiraos, amigo (*á Mr. Blum*) y no tardarémos en volvernos á juntar.... pues no será larga esta conversacion, porque gasto pocas razones con los que me acomodan poco.

(*Salese Blum y saluda al paso á Ernés, que le corresponde con cortesía.*)

ESCENA VI.

ERNES Y HERMAN.

ERNES. ¿Vengo tal vez, Señor Abate, á ocasion en que os importuno?

HERMAN. (*Sentado junto á una mesa en que habrá varios papeles.*) Me encontrais ciertamente ocupadísimo con motivo del pronto arribo de vuestro Tio. . . Tengo mil cosillas que arreglar.

ERNES. No espero distraeros por mucho rato. . . He oido esta mañana que mi prima Matilde estaba algo indispuesta.

HERMAN. De modo es, que la perspectiva de un futuro cruel. . . Ciertos disgustos nuevos. . . .

ERNES. ¡Ah! ¡quánto lo siento!

HERMAN. (*Con una sonrisa irónica.*) ¿Quién? ¿Vos los sentís, Ernés?

ERNES. ¡Mas de lo que pensais! Tambien me han dicho que mi tio ha enviado ciertas órdenes concernientes á ella.

HERMAN. (*Levantandose, con sentimiento.*) Y harto rigorosas. . . . pero bien sé yo que no las ignorais.

ERNES. (*Con afabilidad y tristeza.*) Eso es manifestarme claramente que me teneis por sospechoso, y que me acusais.

HERMAN. Tengo la desgracia de no saber disimular.

ERNES. Pues como es que quando me estimabais anteriormente. . . .

HERMAN. (*Iuterrumpiendole vivamente.*) Entónces estaban Matilde en los brazos de su padre, no se la tenia aun peor que á una extraña en el seno de su familia, y no habia sido aun sacrificada á quien ... no tiene, ni puede tener ningun derecho para ser preferido á ella.

ERNES. Teneis razon, Señor Herman, ese tal de quien hablais, pues os comprendo, era un huerfano desgraciado, abandonado desde su cuna, y reducido por una reunion de varios acontecimientos fatales á la necesidad de exîstir gimiendo en el olvido y la pobreza; ese tal debió su vida y su fortuna á la madre de Matilde, pero tampoco ha sido ni un solo instante ingrato; pues adoró siempre á su generosa bienhechora; ha reconocido y respetado los derechos de Matilde, de modo que el menor de sus sentimientos es un suplicio para el corazon de él; y ese tal por último puede jurar por los mismos cielos que jamas ha contribuido al daño ageno.

HERMAN. Yo me alegraré de eso por su propio bien.

ERNES. ¡Y quánta sería mi desgracia,

(*con pena*) si mi prima es de vuestro modo de pensar!

HERMAN. (*Alterado.*) Ello es que estais disfrutando de las prerrogativas que la aseguraba su nacimiento. . . . Heredareis sus bienes. . . (*moderandose, pero insistiendo siempre.*) En fin, comparad vuestros derechos con los suyos. . . . Cotejad su suerte con la vuestra. . . . y sentenciad vos mismo.

ERNES. ¿Cómo?. . . ¡Yo habia de quitarla su fortuna!. . . ¡Yo!

HERMAN. (*Con una sonrisa dolorosa.*) ¿Pues qué prueba ese suntuoso matrimonio que os tiene preparado el Conde?

ERNES. (*Con firmeza.*) Aun no está hecho.

HERMAN. Pero se hará; y los inmensos estados que debian recaer algun dia en Matilde. . . .

ERNES. (*Interrumpiendole con entereza.*) Jamás serán mios. . . . (*procura observar la intencion de Mr. Herman.*) Mas seguro es el que pasen al joven Vodmar, que ha hecho bien pública su intencion, desde que murió su Padre, de unirse con mi prima.

HERMAN. (*De un modo vago.*) Si que ha concurrido aquí bastante.

ERNES. (*Con una curiosidad tímida.*) Y sin duda que se le mira de un modo favorable.

HERMAN. Eso, lo sabrá vuestra prima.

ERNES. ¿Conque si mi tio aprueba esta union?....

HERMAN. Lo juzgo harto dificil.

ERNES. (*Con un movimiento de alegría que procura reprimir.*) ¡Ah! El tiempo me justificará, si, y él me volverá vuestra amistad y estimacion.... Ya viene gente.... Voy á dexaros.... (*aparte.*) ¡O Dios mio! ¡Es Matilde!....

ESCENA VII.

MATILDE, AMELIA, ERNES, HERMAN.

MATILDE. (*Sobresaltada al ver á Ernés.*) ¡Ay mi querida amiga! ¡No estaba solo el Abate Herman!

ERNES. (*Aproxîmandose á ella con respeto.*) No os asusteis, Señorita, que yo me retiraré si os incomodo.

MATILDE. (*Con timidez y embarazo.*) Me pensé que estuviese solo Mr. Herman..... pero tampoco es cosa de que vuestra presencia me ofenda.

ERNES. Me lo llegué á temer, como sé que se me juzga con todo rigor... Pero, prima mia, no sé que me indica la palidez de vuestro rostro... ¿Estais indispuesta?

MATILDE. (*Suspirando.*) Soy poco dichosa, y por lo comun participa el cuerpo de la afliccion del espíritu.

ERNES. (*Con sentimiento.*) ¡No sois dichosa!. . . ¿pues para quién debe ser la felicidad?

MATILDE. Parece que no para mí, como lo sabeis vos mismo mejor que nadie.

ERNES. (*Suspirando.*) Si, yo sé. . . que no merezco vuestro odio.

MATILDE. Tampoco es aborreceros el que me veais suspirar por la dicha que estais gozando; ademas de que el odio es un sentimiento muy roedor, para que quiera yo añadirle á la multitud de mis penas.

AMELIA. (*Como impaciente de que dura tanto la conversacion, pero sin impolítica.*) Matilde que tenemos poco tiempo, pues que queriais pasear un rato antes del arribo de vuestro padre. . . . ¿Si nos lo permite el Caballero Ernés?. . . .

ERNES. Os obedezco y me retiro. . . Jamas se opondrá Ernés al deseo mas mínimo de su prima. . . . Bien lo veo, todo depone aqui contra mí, y las apariencias me acusan; pero siempre estará á mi favor el testimonio de mi corazon. (*Al salirse se detiene viendo entrar á Luisa.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y LUISA.

LUISA. Señoras, Mr. de Vodmar viene conmigo á veros. Estaba abierta la reja casualmente, y sola yo en la entrada. Por mas que le he dicho que no recibiais hoy á nadie, no ha desistido.

MATILDE. (*Con humor.*) Huyamosle, Amelia; vamos.

ERNES. (*En el fondo aparte, y con alegria.*) ¡Qué es esto! ¡Reusa el verle!

AMELIA. (*Llevandose á Matilde.*) Procurad, Herman, que se marche pronto.

MATILDE. (*Con viveza.*) Vamonos antes que pueda encontrarnos. (*Marchanse.*)

ERNES. (*En el fondo y aparte.*) Pues ¿cómo huiría de él si estuviese prevenida á su favor?

LUISA. Ya está aquí Mr. de Vodmar.

ESCENA IX.

VODMAR, ERNES, HERMAN Y LUISA.

VODMAR. (*A Ernés.*) No creí tendría el gusto de veros aqui, persuadido á que impaciente por ver á un tio á quien debeis tanto. . . .

ERNES. No tardaré en cumplir con mi obligacion. (*Con frialdad.*)

VODMAR. ¿Debe llegar esta mañana?

ERNES. A lo menos le esperamos; y por lo mismo me permitireis que os dexe. (*Vase.*)

VODMAR. Perdonad mi distraccion, Señor Herman, que no os habia visto.

HERMAN. No hay de qué, Mr. Vodmar.

VODMAR. (*A Luisa.*) Señorita ¿podré ofrecerme á los pies de la bella Matilde?

LUISA. Ahora no Señor, no está en su quarto.

VODMAR. Aquí me dixeron que la encontraría.... ¿Estará en el jardin?....

LUISA. Podrá ser muy bien, mas no lo sé de cierto.... Yo misma la buscaré... (*Aparte.*) por donde no la encuentre. (*Vase.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS MENOS LUISA.

HERMAN. Acaso no será facil que podais hoy hablarla.... Estando su padre para llegar....

VODMAR. Eso mismo es lo que me hace insistir en el deseo de verla, para rogarla que me escuche un instante. Interesaos por mí á este efecto, mi estimado Abate, empeñaos con Amelia y

su bella amiga, á fin de que me concedan esta gracia, de la que depende tal vez nuestra mutua felicidad.

HERMAN. Sin atreverme á aseguraros quedaré ayroso, podeis estar cierto que deseo serviros. (*Vase.*)

ESCENA XI.

VODMAR SOLO.

¡Con qué ojos me miraba antes el amigo Ernés! descubrian claramente su inquietud.... ¿Si amará tambien á Matilde? No es la primera ocasion en que se me ofrece esta duda.... Aun mas, ¿si será él acaso amado?.... pero no; porque debe creerle muy culpable... ¡Ah! yo sí que lo soy mucho mas que no él; una sola palabra mia, sin mas que con una palabra sería feliz Matilde, mas el honor ó á lo menos lo que ponemos los hombres en su lugar, una preocupacion cruel no me dexan que la pronuncie.... ¡Ay padre mio! ¡Qué es lo que hicisteis!

ESCENA XII.

VODMAR Y CARLOS.

CARLOS. (*Con exterior agitado é inquieto co-*

mo que teme que le vean.) Ya hace rato que os busco, Señor Baron.

VODMAR. ¿Qué es lo que me quieres Cárlos?

CARLOS. (*Mirando á todos lados con cuidado.*) No creo que puedan vernos. . . ¿esperais aquí á la Condesita Matilde?

VODMAR. Sí.

CARLOS. Pues sabed que será en vano. Al pasar por este lado al ultimo del jardin, estando yo detras de un enrejado que impedia me viesen, oí á ella y su amiga Madama Amelia que decian iban á buscar un sitio extraviado para que no pudieseis hallarlas.

VODMAR. ¿Pues qué he hecho para que de mí huyan?

CARLOS. No lo sé. . . pero digo, cuidado con que puedan sospechar que los dos estamos acordes en el particular. . . . Aquí todos se fian de mí, y merezo de todos la confianza; . . . pues como mi pobrecita ama fuese mas dichosa. . . como llegára yo á creer que su padre la volviese algun dia á su cariño, y como no fuese el matrimonio el único objeto de vuestros proyectos con ella, no creais que por todo el oro del mundo fuese yo capaz de hacer semejante traicion, ni al Señor Conde, mi amo, que me ha visto nacer, ni mucho menos á

su preciosa hija, que quando niña la llevaba yo en mis brazos.

VODMAR. (*Presentandole un bolsillo que no acepta.*) No dudo eres un hombre de bien, y conozco que jamás te pagaré lo mucho que te debo.

CARLOS. No Señor, no, guardaos vuestro dinero, que no tengo necesidad de él para serviros en esto con todo corazon; porque solo aspiro á la felicidad de mi Señorita Matilde quando me meto en tales asuntos. Hacedla dichosa, y quedo así muy recompensado.... Pero ya que nos hablamos con esta franqueza, Señor Baron, tened la bondad de oirme, sin enfadaros de lo que voy á deciros. Por lo que es en el dia sé de cierto que aun no sois amado; tal vez lo conseguireis; pero al presente está tan distante.... Si la Condesita (ví poco ha) que se lo decia así á su íntima Amelia, por consiguiente si vais á pedirla su consentimiento, estad bien seguro de que no le obtendreis.

VODMAR. Así me lo temo.

CARLOS. Si lo sé yo de cierto; así mirad con cuidado lo que haceis....

VODMAR. Recurrir al medio que tenemos hablado... ¡el es harto terrible!

CARLOS. Sí, violento es sin duda.

VODMAR. El rapto repugna á mi corazon.

CARLOS. Y tambien al mio, como soy.

VODMAR. De ningun modo me resolveré, hasta que tenga perdída toda esperanza.

CARLOS. ¡Ah! es que me temo de que antes que anocheza.... pero, por lo que pueda suceder, aquí está una llave de la puertecilla falsa del jardin. Me he hecho con ella sin que el mundo lo sienta. Haced que esten aqui bien temprano los criados de mayor satisfaccion. La llave esa les facilitará la entrada; que se pongan entre la cerca y el enrejado.... Estaré yo bien alerta, y tomaremos de mancomun las medidas mas convenientes al caso.

VODMAR. Quiero antes volver á ver á Matilde, y hablar á su padre; á lo menos quedemos libres de los remordimientos de una excesiva precipitacion.

CARLOS. Eso es pensar como hombre de bien.... pero digo.... podiais procurar tambien el travar amistad con Luisa, doncella muy querida de las amas. En tales casos una camarera es una aldaba indispensable... Creo que es toda de mi compañero Felipe, un buen muchacho, muy apasionado de Mr. Ernés... Vaya que estas noticias podrán seros útiles; mas sobre todo suspirad, quejaos, instad con arte á Matilde, y no perdais tiempo. Marchaos ya hácia el

jardin , pues saben ellas que estais aquí, y por lo mismo no vendrán , estoy muy seguro. A lo ultimo de esa calle de arboles , detras de la cascada , en el bosquecillo espeso , allí es donde se habran metido.

VODMAR. ¿Qué camino he de tomar? (*andando para marcharse.*)

CARLOS. Por acá.... despues á la derecha... Eso es por aí... Pero , digo, cuidado con la llave , y que esten aquí los muchachos al amanecer , muy temprano.... Vaya , mafia , viveza , animo y todo se compodrá. (*Vanse por la puerta del fondo tomando cada uno su diferente camino.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

HERMAN SOLO.

Ya no anda por aquí Mr. de Vodmar; sin duda que cansado de esperar tomó el partido de retirarse.

ESCENA II.

MATILDE, VODMAR, AMELIA, HERMAN Y LUISA.

VODMAR. (*Que viene siguiendo á Matilde y á Amelia.*) No huyais de mi Señorita. Dignaos oirme un corto instante; haced este ligero sacrificio al grande interés que tomo por vos.

AMELIA. No dudeis Mr. de Vodmar, de que las miras honrosas que habeis hecho ver á Matilde os aseguran de toda su estimacion; pero pues que os ha manifestado que no puede su corazon corresponder al vuestro, desde vuestra última conversacion, no creo que haya podido mudar de sentimientos.

VODMAR. Aun así, permitidme sepa yo

de ella misma (*á Amelia*), si se ha dignado reflexîonar bien sobre mis proposiciones.

MATILDE. Pedian, sí, por su naturaleza toda mi atencion (*con cierta contemplacion*), y no he dexado de aplicarsela... pero no puedo aceptarlas.

VODMAR. Con que en fin deducirémos que me aborreceis, ¡bella Matilde!

MATILDE. (*Con ingenuidad.*) Yo jamás supe aborrecer.

VODMAR. ¿Pues qué? ¿Sois asi dichosa?

MATILDE. Sé conformarme con mi suerte.

VODMAR. ¿Os lisonjeais á lo menos de que se cambiará algun dia?

MATILDE. Se necesita ser muy infeliz para perder hasta el consuelo de la esperanza.

VODMAR. ¿Llega hoy vuestro padre?

MATILDE. Si Señor.

VODMAR. Y sus repetidas ordenes ponen otra vez un muro de separacion entre él y vuestra persona.

HERMAN. (*Con despego.*) ¿Y qué? ¿Os creereis por eso?. . . .

VODMAR. (*Interrumpiendole.*) Si Señor, me creo que la hija del Conde de Orleim será desterrada al pabellon mas retirado del Palacio que él habita; que la reja y la puerta de hierro del quarto que ella ocupe no volverán á abrirse hasta

que le dé gana al Conde de ausentarse ; añadese á esto (*dirigiendose ahora la palabra á Matilde.*) el precepto mas rigoroso de que por ningun caso os presenteis delante de él, Señorita. Ha impuesto tambien á todos el de que no se os nombre de ningun modo en su presencia, y mucho menos para hablar á vuestro favor. . . . Todo, todo lo sé; podrá tal vez condenarse mi curiosidad, pero me disculpan mi humanidad y mi amor. En fin, Condesita, estais humillada, abandonada y aborrecida. . . Mas ¡ay de mí! ¡ya llorais!. . . Perdonadme estos arbitrios rigorosos que la necesidad me hace emplear para convenceros, harto lo siento, pero lo cierto es que llega hoy vuestro padre, y vienen con él las penas, las pribaciones, el desprecio y aun el odio para la desgraciada Matilde. En una ocasion tan triste Vodmar está á vuestros pies. . . este Vodmar que os adora, que quiere cambiar vuestro infeliz destino, que os presenta su mano, sus bienes y su corazon. . . A vuestra menor palabra hablaré al punto al Conde, y tal vez obtendré su consentimiento; cesareis de continuar en el oprobio, os elevo al estado que os es debido y dedico toda mi vida á haceros olvidar los excesivos males que habeis padecido.

LUISA. (*Aparte.*) ¡Vaya que las intenciones de este Señor no pueden ser mejores!

AMELIA. Sin duda que sois acreedor al mayor reconocimiento.

HERMAN. A la verdad que deberiais ser mas dichoso.

MATILDE. (*Confusa.*) No dexo de hacer justicia á vuestro proceder, Mr. de Vodmar. . . pero yo dependo de un padre....

VODMAR. Pues por lo mismo, permitidme que le pida su permiso, y prometedme solamente en el caso de que nos le conceda. . . .

MATILDE. (*Le interrumpe con firmeza.*) No, eso no, (*Como reprimiendose.*) No es en mí decente el hacer ninguna promesa.

VODMAR. (*Mas acalorado.*) Pues si decis que vuestro corazon está aun libre, y que no me aborreceis. . . . dexadme reparad vuestras desgracias. . . . dexadme terminar vuestros males. . . . de los que me acuso interiormente, por los que vivo mortificado, y de los quales soy, en fin, la causa.

TODOS. (*Con admiracion.*) ¿Quién? ¿Cómo?...

AMELIA. ¿Qué es lo que acabais de decir?

HERMAN. Explicaos algo mas.

VODMAR. (*Con ansia.*) No puedo: el honor me lo impide. Digo solamente que soy inocente y culpable. . . Sí, soy la víctima de un crimen que no he cometi-

do; y que me tiene encadenado. Dadme, Matilde, el poder y derecho de reparar este atentado... Compadeceos de vos misma, y de mí... Libertaos de la humillacion y del desprecio; y salvadme de los remordimientos y desesperacion. Matilde concededme vuestra mano.

MATILDE. No puedo llegar á comprehender cómo podeis tener tan gran parte en mis penas, pero no intento descubrir este misterio. Os agradezco el interés que tomais en mi triste situacion, y deseo me creais sensible á esos testimonios de una estimacion á que solamente puedo corresponder con mi gratitud; mas de ningun modo condesciendo con las diligencias que intentais, porque no me es posible aceptar vuestra mano. Ojalá que seais muy dichoso, pero con otra... Por lo respectivo á mi desgracia podrá tal vez minorarse: un padre no es por siempre inexôrable, acaso el Cielo moverá algun dia el corazon del mio; y si por mi desgracia fuese mi suerte siempre igual, sabré someterme con resignacion, pues una conciencia pura, y una vida sin delito son consuelos muy poderosos contra el infortunio, ademas que el valor nos familiariza con él; y por último la muerte viene á ser su término.

VODMAR. Bien, pues yo, á quien jamás faltó tampoco el valor, y á quien el mismo amor dará fuerzas, yo sabré oponerme á que deis ese exemplo, que admiran los hombres, á su inhumana piedad... Pongo al Cielo por testigo de que si no hay otro arbitrio, á pesar de vuestro padre, y aun de vos misma...

ESCENA III.

LOS MISMOS Y FELIPE.

Entra corriendo é interrumpe á Vodmar.

FELIPE. Señores, Señores, ya está aí el postillon que viene delante del amo, y dice que no tardará en llegar con su sobrino Ernés que le acompaña.

MATILDE. ¡Dios mio!... ¡mi padre!... ¡dichoso Ernés!... ¡desgraciada Matilde!... (*Marchandose con Amelia, llenas de confusion.*)

HERMAN. (*Acompañandolas.*) ¡O quánto me compadezco de vos!... ¡quánta lástima me causais!...

VODMAR. (*Mirando á Matilde.*) ¡Ah! desgraciada... y por mí...

LUISA. (*Aparte mirando á Vodmar.*) El se queda todavia. ¿Qué intencion será la suya?

HERMAN. (*A Vodmar con una especie de embarazo.*) En llegando el Señor Conde... se entrará aquí sin duda.

VODMAR. Como es preciso que yo le hable, me estoy quieto en esta sala.

HERMAN. Acaso no sea esta la ocasion mas favorable... No os espongais...

VODMAR. (*Con soberbia.*) ¿A qué? (*mitigandose.*) Veame en hora buena Mr. de Orleim. Mi suerte depende de él; pero la suya de mí.

HERMAN. (*Aparte.*) Harto le he dicho. Este encuentro podrá ser fatal... (*A Luisa aparte al salirse él.*) Mirad si podeis apartarle de aquí Luisa.... Tal vez conseguirá una muger lo que niega él á mis ruegos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VODMAR Y LUISA.

VODMAR. (*Aparte.*) Procuraré calmar la inquietud que me agita esforzando toda mi razon.

LUISA. (*Aparte.*) Hallo en este joven excelentes qualidades; pero tiene su cabeza un poco á la gineta. (*A él.*) Tened á bien, Señor Baron, de que me atreva á manifestaros....

VODMAR. (*Interrumpiendola con agrado.* Es-

tá demas, Señorita; ya oisteis lo que dixe ahora mismo al Capellan. Estoy resuelto, y se acabó.

LUISA. En tal caso está demas mi advertencia. (*Hace que se vá y el la detiene.*)

VODMAR. Creo, Señorita, que os llamais Luisa.

LUISA. Si Señor, para serviros.

VODMAR. ¿Os habeis criado con la hermosa Matilde en aquella casa de campo, donde en su infancia vivió con su madre diez años?

LUISA. Así es, y allí nací.

VODMAR. Sé tambien que la Condesita os distingue con su confianza, y os estima muy particularmente.

LUISA. Procuro merecerme esos honores.

VODMAR. Aquí debe haber un joven de bellas circunstancias, llamado Felipe... á quien mirais con gusto.

LUISA. (*Sonriendose.*) ¡Vaya que aunque fueseis adivino!...

VODMAR. Sí, lo sé todo.

LUISA. Pero, y ¿qué conseqüencias deducis de todas esas preguntas?

VODMAR. Que si os hicieseis de mi parte en mis proyectos laudables con la amable Matilde, me tendriais eternamente reconocido, y yo procuraría con señalados favores hacer dichosa vuestra union con Felipe.

LUISA. No continueis hablandome mas por ese estilo, Señor Baron.

VODMAR. Soy generoso, y sé quando se me sirve. . . .

LUISA. (*Interrumpiendole.*) Pues yo soy tan desinteresada, que jamás vendí un favor.

VODMAR. No es eso muy comun.

LUISA. En mí es natural.

VODMAR. Podrá serlo, pero sin embargo una que tiene talento para penetrar. . .

LUISA. Es que soy tan discreta para saber callar lo que se me dice, como para no querer saber lo que se me calla.

VODMAR. Sois, á la verdad, singularísima.

LUISA. ¡Qué! algunas habrá así en mi sexô, á pesar de su mala fama.

VODMAR. Pues decidme á lo menos. ¿El joven Ernés que vé continuamente á Matilde, y que sin duda logra tambien entrar en su compañía íntima. . .

LUISA. Mr. Ernés es su primo. . .

VODMAR. ¿Y qué importa para que le parezca hermosa su prima?

LUISA. Tal vez suceda así, como que basta para eso el tener buena vista, y los ojos de Mr. Ernés no son malos.

VODMAR. Ola ¡con qué atencion se los habeis mirado!

LUISA. Con gusto, y sin riesgo. . . pero vamos claros, Señor Baron, hay os tomais

un trabajo inutil, ni vuestras preguntas, ni vuestras promesas conseguirán de mí nada. Digo yo solamente lo que quiero que se sepa, sin que se me pueda cegar por el soborno. Me empleo únicamente en mis ocupaciones, y de ningun modo en los secretos agenos. Carezco de toda habilidad para la intríga, porque me falta el talento que exîge. En fin, os creo Caballero digno de la Condesisita Matilde, y siento que degradeis vuestro caracter, intentando así envilecer el mio. Os respeto quanto debo pero no puedo serviros en nada para con mi Señorita; todo lo mas que haré en favor del interés que me inspirais, es el rogaros que os retireis de este sitio. Va á entrar en él nuestro amo, quien sabemos que justa ó injustamente no os vé con gusto. Dexad de exponeros solicitando de él una explicacion que no os será agradable. Creedme, y si es verdad que amais sinceramente á Matilde, dadla una prueba con apartaros de aquí para ahorrar á su padre un sentimiento que no podrá faltarle si llega á veros.

VODMAR. Muy bien, yo adoro á Matilde; respeto á su padre... y no olvidaré que sois preciosísima.

LUISA. En esto no hago mas que cumplir con mi obligacion.... pero ya se oye el

ruido. . . . Mi amo ha llegado. . . . . (*Aparte.*) ¿Cómo se saludarán al verse?

VODMAR. (*Aparte.*) Tendré presente que es desgraciado. . . y que lo es por mi causa. . . . ¡Ya entra! . . . ¡Cómo palpita mi corazon! . . . ¡Qué ascendiente tiene sobre la alma una persona, de cuya vista solamente debemos avergonzarnos!

ESCENA V.

EL CONDE DE ORLEIM, ERNES (*Ambos en trage de camino*), HERMAN, BLUM, LUISA, FELIPE Y VARIOS CRIADOS DE LA CASA.

Vodmar se pasea retirado por el fondo del Teatro sin ser visto del Conde.

ORLEIM. (*Abrazando á Ernés.*) Dadme mil abrazos, querido sobrino. . . ¡Qué susto me dió tu enfermedad!. . . pero estás ya bueno, y veo cumplidos mis deseos. . . (*Volviendose á la familia que le tiene rodeado.*) Os estimo mucho á todos el expresivo recibimiento que me haceis. Conozco que me volveis á ver con gusto, y no es menor el que yo tengo en volver á vuestra compañía. . . (*Al Padre Capellan que con mucho respeto está algo retirado.*) Herman, mi querido amigo

Herman, corred á los brazos de quien os estima de veras.

HERMAN. Perdonad, Señor Conde, á mi respeto. . . .

ORLEIM. Dexémonos de cumplimientos. Yo estoy siempre deseoso de veros, y muy contento despues que os visto, (*mira á todos lados con una especie de inquietud, y alarga la vista muy amenudo hácia la puerta de Matilde.*) Me parece que no hay por aquí novedad. . . Todo está bien. . . y el que menos logra de una perfectísima salud.

HERMAN. Cada qual de nosotros deseaba vuestra vuelta, porque vuestra presencia es el colmo de nuestra felicidad.

ORLEIM. (*Con un desasosiego involuntario.*) ¿Me podriais decir Herman?. . . ¿Ernés, sabes acaso?

ERNES. (*Con prontitud.*) ¿Qué? tio. . .

HERMAN. ¿Qué mandais?

ORLEIM. (*Procurando retenerse.*) Nada, querido. . . Nada, Mr. Herman. . . (*Aparte.*) ¡Apenas puedo reprimir los movimientos de mi corazon!

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y AMELIA.

Vodmar se pasea siempre por el fondo, y procura no ser aun visto por Mr. de Orleim.

ORLEIM. (*Al ver á Amelia hace movimientos de indignacion que reprime al punto.*) ¡Ah Madama!... Bien, ¡sois vos! (*con frialdad.*) No creo haya novedad en vuestra salud.

AMELIA. (*Con despego y nobleza.*) No he juzgado conveniente el retardar mi venida para manifestaros, Señor Conde, mi estimacion á vos, y ... á quanto debe seros precioso; esto es un efecto de mi gratitud.

ORLEIM. Ninguna me debeis, Madama... He creido deber hacer lo que he hecho... Jamas mudaré de opinion.

AMELIA. (*Aparte.*) ¡Qué recibimiento este! ¡qué frialdad!

VODMAR. (*Aun en el fondo, dice con indignacion.*) ¡No, no se le oirá nombrar á Matilde!

ORLEIM. Hoy no puedo tener el gusto de que comamos juntos, sobrino mio; ciertos asuntos importantes me llevan á alguna distancia de aquí á cierta casa de

campo, donde debo ir dentro de un rato; pero mañana cuento contigo y con Madama Amelia... Me subo á mi quarto. Ernés, dentro de una hora estarás por aquí que tenemos que hablar... y no nos dexeis Capellan. (*Al salir vé á Vodmar.*) ¡Ay cielos!... ¿Aquí estais, Monsiur?

ERNES. (*Con admiracion y pena.*) ¡Este es Vodmar!...

HERMAN. (*Aparte.*) ¡Mal encuentro!

VODMAR. (*Con nobleza y algo de confusion.*) Espero que tendreis la bondad de escucharme dos palabras.

ORLEIM. (*Con sequedad.*) Ya recibí vuestra carta.

VODMAR. Pues vengo precisamente á buscar la respuesta.

ORLEIM. Tendré luego el honor de darosla por escrito.

VODMAR. ¿Y para qué se me ha de diferir quando estamos tan próxîmos uno de otro?

ORLEIM. En otra ocasion...

VODMAR. (*Interrumpiendole con suavidad.*) Tal vez el aprovecharnos de esta será muy útil á entrambos.

ORLEIM. Pues que lo exîgis así con tanto empeño... (*á los demas*) dexadnos solos.

HERMAN. (*Aparte.*) Convendrá el no perderles de vista.

ERNES. (*Aparte.*) ¿Qué cosa será esta?

AMELIA. (*Aparte.*) ¡Pobre Matilde! Aquí se vá á hablar de tí, y acaso para perderte mas. (*Vanse todos. Amelia entra en la habitacion de Matilde.*)

ESCENA VII.

ORLEIM Y VODMAR.

Estan un corto instante en silencio. Orleim agitado no alza los ojos del suelo. Vodmar como confuso.

VODMAR. Señor Conde...

ORLEIM. Señor Baron... (*Con sequedad y sin mirarle.*)

VODMAR. (*Con timidez.*) Mi presencia os incomoda....

ORLEIM. Es que no me esperaba encontraros aquí; pero en fin ¿podré saber qué es lo que os ha traido?

VODMAR. Ya lo dixe antes, la respuesta de mi carta.

ORLEIM. Creo que su contenido se reducía á decirme que deseabais hablarme sobre un importante asunto; pero no me ha sido posible adivinar qual sea él... (*Con una atencion fria.*) Ahora que os escucho os servireis de decirme el motivo que me procura el honor de vuestra visita.

VODMAR. No es otro que el del amor... Yo adoro á vuestra hija.

ORLEIM. (*Con admiracion y cólera.*) ¿A Matilde?.. ¿Y venis á pedirmela?..

VODMAR. De vuestro consentimiento depende toda mi suerte.

ORLEIM. (*Mirandole ahora de fijo.*) ¿Cómo? ¿quereis por esposa á Matilde?...

VODMAR. Mi fortuna, mi honor y mi vida; todo, todo lo ofrezco á sus pies.

ORLEIM. (*Con altivez despues de un corto silencio.*) Dios me libre de consentir jamas.

VODMAR. ¿Jamas?.. ¿Y por qué?...

ORLEIM. (*Con un triste suspiro.*) ¡Ay!.. Ni puedo, ni debo decirlo... pero el honor y mi obligacion me imponen la necesidad de negarosla.

VODMAR. (*Con admiracion.*) ¡Vuestro honor y obligacion!..

ORLEIM. Sí, (*Con resolucion.*) Y sabré obedecerles.

VODMAR. Pero ¿Y no me direis?..

ORLEIM. No; nada.

VODMAR. (*Pronto á irritarse, y procurando contenerse.*) Acaso quando sepais que no han sido del todo desechados mis respetos...

ORLEIM. (*Con susto.*) ¿Pues qué? ¿Ella os ama?

VODMAR. Es muy prudente Matilde para llegar á hacer semejante confesion: sabe muy bien que depende de un padre.

ORLEIM. No, depende solamente de sí misma; puede disponer de su corazon y de su mano. No me opongo á su eleccion, sea qualquiera. . . (*Con firmeza.*) Con tal que no recaiga en vos.

VODMAR. (*Colérico.*) ¡Mr. de Orleim! . . .

ORLEIM. (*Con nobleza.*) ¡Mr. de Vodmar! . .

VODMAR. Mirad que me injuriais mucho.

ORLEIM. No tal. Si os la niego, es porque debo hacerlo.

VODMAR. ¿Y sin darme un motivo?

ORLEIM. Debeis suponer que tengo infinitos para no hablar; y vuestra prudencia debe obligaros á respetar mi secreto.

VODMAR. Vuestra conducta le ha publicado con demasía. . . . Bien, no insistiré mas; pero Matilde es infeliz: aborrecida de su padre, desgajada por las penas que él la procura, y acaso desheredada ya, tiene á su vista la perspectiva de un futuro cruel; mas aquí estoy yo que haré á su favor lo que debo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ORLEIM SOLO.

¿Qué me queda ya que oir? . . . ¿No estoy harto atormentado? . . Matilde, (*Con fuego.*) tu á quien quisiera yo aborrecer, y no puedo dexar de amar. . . (*Con ternura.*)

¡Matilde! ¿serás tu siempre la causa de mi oprobio y de mi desesperacion?

ESCENA IX.

ORLEIM, HERMAN, BLUM, ERNES, LUISA Y FELIPE.

HERMAN. ¡Con qué desesperada agitacion sale de aquí Mr. de Vodmar! . . Ya lo habia yo previsto.

ERNES. Tio mio ¿qué pena es la vuestra?

HERMAN. ¿Llegais, Señor Conde, hasta el extremo del llanto? ..

ORLEIM. Dexadme todos, dexadme solo un instante. (*Procurando retener las lágrimas.*)

ERNES. ¡Como supiese yo que Vodmar se habia excedido! . . .

ORLEIM. El es desgraciado, pero tu tio. .. (*Con una voz sofocada por el llanto.*) Vuestro Orleim lo es infinitamente mas que él. (*Vase.*)

HERMAN. (*A Ernés.*) No le perdais de vista. (*A Luisa y Felipe.*) Estemos un poco alerta. .. (*Al marcharse.*) ¡Desdichado!..

ERNES. (*Al salirse.*) ¡Ay Matilde querida!..

ESCENA X.

LUISA Y FELIPE.

FELIPE. ¿Qué es lo que han tenido? . . ¿De dónde provendrán estas nuevas penas del amo? . .

LUISA. Te dixe ya, y te repito, que este es un secreto impenetrable.

FELIPE. Quanto mas me lo dices, mas me aprieta la curiosidad, sin embargo de que no es ella mi defecto dominante.

LUISA. Ni el mio tampoco; pero por lo comun quanto mas se estima á una persona, mas se desea saber la causa de su desgracia, y esto no tanto por curiosidad como por afecto.

FELIPE. Dices bien Luisa, así vamos á ver si por afecto solamente podemos satisfacer algun tanto nuestra curiosidad. *(Vanse.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS SOLO.

Entra acechando muy despacio si alguno le vé.

Solo está todo esto... nada tenemos que temer... (*Vuelve por la puerta del fondo, y dice á tres criados que le esperaban fuera.*) Vaya, enterarse bien de todos los sitios... Pasad por aquí... Siempre el plantío y la cerca... Yo estaré del otro lado como que no estamos juntos, y nos podrémos hablar... ¡Ola! que se siente ya ruido; pronto, pronto que vienen... Escapad por la orilla de la cerca, que no es posible que os vean. (*Vanse, entrando por la habitacion de Matilde.*)

ESCENA II.

AMELIA Y HERMAN.

AMELIA. No me he atrevido á preguntaros cosa alguna delante de Matilde. En hablando de su padre, temo siempre oir

algo que sirva á humillarla todavia mas.

HERMAN. Ello es que Vodmar salió con una agitacion harto fuerte, y no quedó el padre de Matilde en un estado menos violento. . . Pero ¿por qué Madama no le preguntais á él mismo sobre esto? . . . La estimacion que debe teneros. . .

AMELIA. Porque habiendo sido yo siempre la mas íntima de su esposa, de la que tuvo sin duda algunas falsas sospechas, y á quien condenó sin siquiera oirla, á pesar de que fué siempre la muger mas virtuosa; me ha creido su cómplice, y léjos de estimarme, ya me aborrece. Me tiene sin embargo alguna consideracion, pero por su propio respeto, y yo estoy en su casa por solo el de Matilde, porque ¿cómo he de abandonar á la hija desgraciada de mi única amiga?

HERMAN. Esos nobles sentimientos que en vos admiramos, deben haberos sido harto costosos.

AMELIA. Y me cuestan cada dia mas, pues no sé qual deba sernos mas doloroso, si el sufrir una justa acusacion, ó aguantar la que no se merece.

HERMAN. Distingo alguna gente. . . y es el Conde de Orleim.

AMELIA. Ahorremosle del disgusto de verme.

HERMAN. Viene muy despacio, y está aun bien distante.

AMELIA. Siendo asi que antes le estimaba yo con tanta ternura, ahora ya su presencia es para mi un cruel suplicio.... (*Acercase á la puerta de la habitacion de Matilde.*) ¡No es un tormento continuo y terrible el tener que cuidar de que esté cerrada esta puerta, como si ocupase esta habitacion su mayor enemigo!

HERMAN. Ya llega.

AMELIA. ¡Ha! huyamosle... (*Oyese como cierra por dentro.*)

ESCENA III.

HERMAN SOLO.

Creí que se hubiese ya marchado, como dixo que tenia que pasar para un asunto importante á una casa vecina.

ESCENA IV.

ORLEIM Y HERMAN.

ORLEIM. (*Con unos papeles en la mano, y el exterior siempre inquieto.*) No he podido hallar en mi gabinete todos los papeles que necesito. Veré si los tengo en esta papelera. (*Abrela.*)

HERMAN. ¡Si puedo seros algo útil, Señor Conde!...

ORLEIM. Gracias, mi estimado Herman, gracias... y aun podeis favorecerme con decir á mi sobrino Ernés que le espero aquí para hablarle.

HERMAN. Os obedeceré sin dilacion. (*Vase.*)

ESCENA V.

ORLEIM SOLO.

Sientase junto á la papelera.

Respiremos un instante... ¡Pero el buen Vodmar!... ¡El hijo de mi cruel enemigo se presenta con osadía, y se atreve á pedirme!.. ¡Con que el malvado intenta ser mas criminal aun que su padre!... (*Levantase y se pasea muy agitado.*) ¡Es posible que esta idea horrorosa jamas ha de dexarme!... Yo venia á buscar aquí la paz de mi corazon que huyó de él en Berlin... ¡Ah! ¡aquí donde fuí tanto tiempo dichoso! ¡Aquí, donde yo amaba, creyéndome correspondido!.. pues en Berlin, en Berlin estaba quando era engañado, vendido, y deshonrado... (*Descansa un instante, reclinando su cabeza entre sus manos.*) ¡De Orleim!... apela á tu razon, y dexa de entregarte á unas tristes reflexîones que traspasan tu corazon... (*Incorporáse y abre varias*

gabetas de la papelera.) No puedo encontrar estos poderes que me son indispensables. . . Ni sé dónde los guardo, si no estan aquí. (*Tira de otra gabeta donde saca otra cartera.*) Tal vez en esta cartera. . . la miraré con cuidado. . . (*Con un grito fuerte y agudo.*) ¡Dios santo, la carta de aquel perverso y el retrato de la pérfida! . . Sí; (*mirandole*) ella es. . . Estas eran sus facciones. . . esta es la misma á quien amaba é idolatraba yo, esta es la traidora é infiel. . . . (*Tira sobra la papelera el retrato, y desplega la carta.*) ¡Y tú, que te llamabas mi amigo, monstruo de perfidia! . . . tu formaste estas letras, manchadas aun con las lágrimas que me arrancó la desesperacion. ¡Ah, tu fuga precipitada, ó mas bien tu temprana muerte, que solamente este brazo hubiera debido darte, te arrancaron de mi venganza! . . . (*Tira tambien la carta sobre la papelera, se pasea, vá y vuelve acercandose á ella, y como cediendo á una fuerza irresistible, cogela otra vez.*) Mil veces he leído ya esta horrible carta, y jamás la veo sin que me inspire la terrible necesidad de leerla de nuevo. Como que dudo de mi desgracia, y procuro llegar á convencerme... (*Abrela y la lee con una voz trémula.*) »Cedo, en fin, á tus miedos, mi amada

»Carolina; te entrego á tí misma, pues »que te sospechas que Deorleim ha penetrado ya nuestro secreto; como lo prueba su vuelta repentina de Berlin, ocasionada por sus zelos. Yo estoy pronto »á separarme para siempre de tí: voy »á huir de mi patria, llevando en mi »corazon la desesperacion rabiosa, y la »ceguedad de mi amor, con que espiraré. »Pues que me pides tu retrato, haí te le »remito, sin embargo de que me serviría »de algun consuelo: es el mismo que »guardaba Deorleim, y supiste tu quitarle »para presentarmele; pero pues que absolutamente le quieres, tomale. A Dios. »Me amabas antes de que fueses de Orleim; supiste amarme aun siendo su »esposa, y ahora quieres romper nuestros lazos. El obedecerte me costará »la vida; pero debo someterme. . . . á »Dios, otra vez: celebraré que seas feliz, y que al mirar á nuestra Matilde, »ese tierno fruto de nuestro amor, te »acuerdes alguna vez de tu desgraciado »amante. . . . de tu triste = Vodmar.« (*Representa.*) *Nuestra Matilde, ese tierno fruto de nuestro amor.* ¡Matilde á quien yo en el espacio de seis años que duró mi error, prodigué los nombre mas dulces, y las mas tiernas caricias! . . ¡Matilde. . . á quien yo abrazaba, estrechan-

dola contra mi sincero corazon, cubriendo sus mexillas con mis besos, y juzgandome dichoso de ser su padre! Matilde, hácia la qual me arrastra una fuerza irresistible... ¡Pero, si no es mi hija! ¡Si es solamente el fruto desgraciado del crímen! ¡Si su nacimiento fué el sello de mi oprobio!... ¡Mas qué digo, Dios mio!... ¡Si alguno por casualidad me oyera!... (*Mirando con ansia á todas partes.*) Todo está habierto, y qualquiera puede entrar... á lo menos Ernés á quien hice advertir... Contengamonos. Ocultemos mi debilidad, ya que no han bastado diez años para hacerme triunfar de ella... Este es mi sobrino...

ESCENA VI.

ORLEIM Y ERNES,

ERNES. A vuestra disposicion, Señor tio.

ORLEIM. (*Con mucho agrado.*) Acercate Ernés: no tengas conmigo ese ayre tímido y embarazado, que hace injuria á tu mayor amigo. Dame esa mano, ¿Me amas y amarás, dí, siempre?...

ERNES. (*Besandole varias veces la mano.*) ¡Oh querido tio.... Mi generoso bienhechor! ¿Cómo podreis dudar de mi amor y gratitud para con vos?

ORLEIM. No lo digo por eso.... sientate. (*Sentandose, ambos confusos.*) Bien te acordarás aun, hijo mio, de una conversacion séria que tuvimos ahora seis meses.

ERNES. (*Baxando los ojos.*) Si Señor.

ORLEIM. ¿Te acuerdas de qué tratamos?

ERNES. Creo que de un matrimonio.

ORLEIM. Sí, te le llegué á proponer, y procuraste tú diferirle, dandome alguna sospecha de que ese corazon no estaba enteramente libre .... Sin embargo notaba yo en tus palabras un verdadero deseo de complacerme; y esperé por lo mismo que triunfarias al fin de un gusto momentaneo... De una locura juvenil, á cuyo tiempo caiste enfermo. Ignoro si se debe atribuir aquella enfermedad á los esfuerzos que hiciste entonces para vencer tu pasion; y respetando yo tu situacion, tomé mucho interés en ella: callé y nada he vuelto á decirte en el espacio de los tales seis meses: tiempo en que has podido ya escuchar la voz de la razon; pero no por eso he olvidado mi proyecto... Respondeme claro Ernés.

ERNES. (*Suspirando.*) ¡Qué es lo que exîgis de mí, tio!

ORLEIM. Que aceptes la felicidad que te ofrezco por medio de una muger hermosa y amable, con una alianza de las mas

ilustres. Sobre todo, acuerdate de que te he hecho el heredero de mi nombre; de mis estados y de mi título. No destruyas mis esperanzas castigandome asi, por los sentimientos de amor que me debes.

ERNES. (*Levantandose del asiento.*) ¡Ahora si que soy desgraciado!

ORLEIM. No te entiendo. ¿Pues qué? ¿Por una ligera preocupacion? . .

ERNES. Si, ¡ligera! Acaso la creí yo así algun dia.

ORLEIM. ¿No me decias tú mismo que estabas seguro de poder vencerla?

ERNES. Lo esperaba así; pero me engañé.

ORLEIM. Con que ¿me sacrificas sin mas, á una pasion insensata?. . . Te sacrificas tu mismo á las fatales conseqüencias de una eleccion. . . . vergonzosa sin duda, pues que no te atreves á decirme su objeto.

ERNES. (*Como queriendo hablar y conteniendose.*) ¡Ah, si pudiera yo hablar!

ORLEIM. Pues ¿quién te lo estorba?

ERNES. (*Como pronto á nombrar el objeto de su amor, y deteniendose con una reflexîon dolorosa.*) ¡Es imposible! . . . No, no puedo.

ORLEIM. (*Con altivez.*) Tu podrias muy bien si no te fuese vergonzoso.

ERNES. No Señor; gracias á vuestros cui-

dados paternales, y á los buenos exemplos que me habeis inspirado: jamas Ernés tendrá que avergonzarse de los sentimientos de su corazon.

ORLEIM. Sin embargo este mismo Ernés desdestruye el mejor de mis proyectos; tiene por nada mi felicidad; habla de virtud, honor, sentimiento, y de delicadeza, y su conducta es propia de un ingrato.

ERNES. ¡Dios mio, qué injusta acusacion!

ORLEIM. (*Con amargura.*) ¡Así son los hombres!

ERNES. (*Con tono de súplica.*) No, tio mio.

ORLEIM. Es efecto, sin duda, de mi mala estrella. A todos quantos he dedicado mi afecto no he debido otra correspondencia que la de su estudio particular para martirizarme.

ERNES. No digais tal por mí, tio mio: dignaos oirme, y no me condeneis con precipitacion, con rigor, y aun con injusticia. Muchas veces no es uno dueño de su corazon, pero si que puede uno siempre resolverse á desgajarle por sí mismo: no depende acaso de uno el triunfar de la mas fuerte de todas las pasiones; pero puede, es verdad, condenarse á vivir eternamente infeliz, y voy á dar prueba de ello. Jamas seré ingrato, ni destruiré vuestras esperanzas.

No quiero que me acuseis de ser la causa de vuestra infelicidad. Señaladme el dia de mi himeneo, que ya estoy pronto á obedeceros. Quiero renunciar antes á mi ventura que no á vuestro afecto.

ORLEIM. (*Abrazandole, se dexa caer sobre un camapé, procurando ocultar su llanto.*) Y dime ¿cómo podré yo ser dichoso, si ocasiono tu desgracia?...

ERNES. No os acordeis de mí en esta ocasion; me sabré someter á mi mala suerte, sin que jamas me oygais murmurar... pero escuchadme antes, y concededme desde ahora vuestro perdon..... Descubridme abiertamente vuestro corazon, pues con él es solamente con quien quiero hablar. Sí, con ese corazon tan tierno y bueno, en el que es la generosidad una necesidad absoluta, y al que jamás llegó en vano la virtud perseguida.

ORLEIM. (*Oyendole con inquietud.*) Habla, si, explicate.

ERNES. (*Con timidez y cobardía.*) ¡Tio del alma mia!..

ORLEIM. (*Con ansia.*) ¿Qué?... ¿Qué?... Dí....

ERNES. (*Con un tono tierno y tímido.*) Yo he sido el objeto de vuestros dulces cuidados. Os debo quanto valgo y soy... pero teneis una hija... Matilde...

ORLEIM. (*Se levanta interrumpiendole con un acento furioso, pero no fuerte.*) ¡Infeliz... te atreves á nombrarmela!.... Apartate de mí....

ERNES. (*Con mucho fuego.*) ¡Padre mio, acabad de oirme por Dios!

ORLEIM. (*Con toda violencia, y una voz sofocada.*) Huye al punto de mi vista.

ERNES. (*Echandose á sus pies y abrazandoselos.*) No, ¡padre mio! Ya habeis de oirme... que os convendrá sin duda...

ORLEIM. (*Quiere desasirse de él, le mira, calla, le alza del suelo; vuelve á sentarse, y con una voz débil dice.*) Vaya que te oigo, despacha.

ERNES. ¡Mi bien hechor, mi padre!.... Acordaos de aquella... (*Al oir este nombre como que se extremece Orleim por un movimiento.*) que fué madre de vuestra hija, á la qual sabeis que debo aun mas que la vida. La mia era vuestra hermana, y murió viuda, dexandome sin apoyo, pobre y sin el menor aparato, como una debil caña combatida por todo viento. Tuvisteis piedad de mí en mi menor infancia; me arrancasteis de la miseria; por los muchos disgustos que os habia ocasionado mi madre, vuestra hermana, no consentisteis en verme, contentandoos con embiarme á criar fuera de vuestra casa. La madre de Matilde me

trajo á sus brazos ; no pudisteis resistir á sus ruegos y lágrimas , y pasé yo á ser hijo suyo , y vuestro. No hizo diferiencia de mí á la hija que habia tenido en su seno. . . . Pues ¿cómo querreis que despoje yo ahora á esa criatura de los bienes que la corresponden? ¿insultaré asi al espíritu de mi amada protectora , usurpando los derechos que la naturaleza reclama á favor de su hija? ¡La usurparé la ternura de su padre , cerrando vuestro corazon ! Y ¿seré yo dichoso, opulento, y respetado ; y ella , por mí , miserable, oprimida y desgraciada? . . . ¡Há , en este caso si que me constituiría culpable, haciendome un monstruo de ingratitud! entonces si que seria yo aborrecido por mí mismo , y digno de la exêcracion de los demas. . . . Algunas razones que ignoro y no debo saber , y ciertas penas que os atormentan , hablan aqui á vuestro favor y escusan vuestro proceder ; pero á mí ¿qué me habia de escusar , ni que llegará á justificarme? . . . Vos solo. . . . Solo vos , mi amado bienhechor. Si ; volved á Matilde vuestras bondades , vuestro corazon : sea ella dichosa y estoy pronto á obedeceros ; cumpliré vuestras ordenes , y llenaré vuestras medidas. Seré menos rico , pero viviré en paz conmigo mismo ; mis ojos se abrirán sin rubor;

nadie podrá aborrecerme; sereis vos mismo justo; y me estimareis aun mas.

ORLEIM. (*Sentado todavia.*) ¡Con que eso es decirme que repruebas mi proceder! . . . ¡Es decirme que soy un bárbaro! ¡un padre cruél é impío!. . . No eres tú quien debia echarme en rostro esa injuria aparente. . . . (*Levantandose coge la mano de Ernés y le dice con calor, aunque con voz dolorosa.*) ¿Conoces tú por ventura el interior de mi corazon?... ¿Sabes lo que hay en él? ¿Has descubierto el secreto de mi conciencia?... Sobre todo ¿tienes tú el derecho de sentenciarme?... ¿y dirémos que eres el que me amabas?... no, nunca. . . . (*Con desesperacion.*) ¡Ay! acabas de despertar los agudos dolores que muchos años solo habian podido adormecer, y has refinado el veneno que me ha devorado tanto tiempo, derramandole sin medida sobre mis llagas.... (*Como fuera de sí.*) Huye de mí para siempre: apartaté de mi vista, y no vuelvas á ponerte delante de mí jamás; no quiero ya ni aun saber de tí. Renuncio á la felicidad de amar y ser amado: viviré y moriré solo, olvidado é infeliz.... (*dexase caer sobre el camapé*) ¡y tú me condenas á ello!

ERNES. (*De rodillas luchando con Orleim que quiere huir de sus brazos.*) No, mi único apoyo: mi protector: mi padre....

ORLEIM. ¡Dexame; dexame ya!

ESCENA VII.

LOS ANTERIORES Y HERMAN.

HERMAN. ¡Qué veo, Dios justo!

ORLEIM. ¡Un ingrato... un ingrato!... pero ya debia yo estar acostumbrado. . . .

HERMAN. Pues ¿qué es lo que Ernés ha hecho?

ORLEIM. Despreciando mi encargo mas severo; sin respetar ciertos secretos que nunca debe saber; y sin consideracion á mi situacion dolorosa, se ha atrevido á hablarme....

HERMAN. ¿De qué?

ORLEIM. De Matilde, y de su madre.

HERMAN. (*Corriendo á alzar á Ernés que está aun de rodillas entregado á la desesperacion. Con el acento de la admiracion y de alegría á Orleim.*) ¿Y qué? ¿ha sido á favor de ellas?

ORLEIM. El ingrato me acusa; condena mi proceder; desecha mis favores y ternura porque vuelva yo á Matilde. . . .

HERMAN. (*Abrazando á Ernés.*) ¿A Matilde?

ORLEIM. Quitadmele de mis ojos: huya de aquí para siempre; ya le abandono, y no quiero verle mas.

HERMAN. Considerad Señor Conde que es un jóven, y que merece alguna indulgen-

cia su corta edad. (*Orleim se queda inmovil y pensativo.*) Vuestra cólera es muy justa.... (*volviendo á abrazar á Ernés.*) pero su falta.... procede de su honradéz.

ORLEIM. (*Despues de un rato de silencio coge la mano de Herman, se la aprieta, y dice conmovido á Ernés con una voz ahogada por sus suspiros.*) Te doy hasta mañana de término para que me digas que objeto te ha inspirado esa pasion tan violenta.... Considera que no puedo aceptar el sacrificio de tu felicidad; hartos motivos tienes para conocerlo; y sino preguntaselo á tu corazon.... (*llorando.*) el debe tambien necesitar de mi afecto, si es digno de él. (*Con cariño.*) Retirate por ahora: marcha. (*Ernés coge la mano de su tio y la besa con expresion; está como débil; se le caen algunas lágrimas; suspira, y en todo su exterior se descubre la agitacion de su alma. Quando al salirse pasa junto á Herman, éste le coge la mano y le abraza sin que lo vea Orleim que está á un lado sumergido en sus reflexîones.*)

ESCENA VIII.

ORLEIM Y HERMAN.

ORLEIM. (*En una agitacion extrema, y con su voz cortada por las lágrimas que procura*

retener.) Voy á marcharme al punto. Ya os dixe que no comia hoy en casa.... hasta la noche , mi querido Herman : á la noche hablarémos. (*Dá algun paso ; está en silencio un instante ; vuelve y echa sobre la mesa unos papeles que cogió de la papelera quando se salió Ernés.*) ¡Ay amigo.... no conocen mi corazon! . . . ¡Cruél sensibilidad. . . . quántos males me haces sufrir!

HERMAN. Esperad aun un rato : vuestra alteracion está muy viva , y se nota.

ORLEIM. (*Mira á todos lados como cuidadoso de que nada se le olvide; pero está siempre distraido.*) Tengo ciertos asuntos que me están gritando. . . . aunque es verdad que mi cabeza y mi razon están agitadas , se me echará ya de menos. . . . (*Vuelve á dar algunos pasos ; se para ; viene hácia Herman , cogelé las manos ; y le dice lloroso.*) ¡Si tuviesen los hombres alguna sola idea de la crueldad de mis tormentos!... si supieseis vos mismo , ... lo que debo ya en fin deciros.... (*aparte.*) Pero ¡qué iba yo á decir , Dios mio!... (*se para como asustado del riesgo en que ha estado de declararle su secreto : reflexîona un instante y mira á todos lados ; da unos pasos ; vuelve; se mantiene silencioso un corto momento; llegase á Herman y cogiendole la mano se la aprieta , y le dice*) Vaya , hasta luego

mi estimado Herman, hasta la noche. (*vase dexandose en la mesa los papeles.*)

ESCENA IX.

HERMAN SOLO.

En fin sé que debo avergonzarme del juicio precipitado y temerario que formé del buen Ernés.... Asi es como se hace á qualquiera injusto y malo, quando suele ser el mejor del mundo.... Yo, yo veré como enmendarlo todo, (*se acerca á la mesa y mira los papeles.*) ¡Esta es otra! el Conde olvidó sus papeles; y no lo estraño segun su dolorosa situacion; aunque tal vez no tendrá necesidad de ellos, pues los ha estado viendo y no los ha tomado.... Hasta la noche no vuelve, conque darémos un rato de libertad á mis pobres prisioneras, que tengo que darlas tambien la buena noticia de que pueden estimar y querer á Ernés.

ESCENA X.

HERMAN, LUISA Y FELIPE, (*pasan estos dos agarrados de la mano por fuera de la puerta del fondo.*)

HERMAN. Luisa, Luisa; hazme el gusto de pasar á decir á tu señorita, y á Madama

Amelia su amiga, que acaba de salir el amo para no volver hasta la noche; que baxen aquí pues tengo mucho que decirlas.

LUISA. Allá vamos.

HERMAN. Si basta contigo sola.

FELIPE. ¿Y qué he de hacer yo entre tanto?

LUISA. Nosotros dos hacemos siempre nuestros recados á medias.

HERMAN. Aun por eso la mitad de ellos se queda regularmente sin hacer, y la otra mitad va mal hecha.... En fin id juntos ya que no hay otro remedio.

LUISA. Padre Capellan ¡qué broma ha habido aqui muy poco ha!

FELIPE. ¡Que disputas.... que gritos!

LUISA. El tio y el sobrino.

HERMAN. Pues; vosotros estariais escuchando á la puerta.

FELIPE. No tanto. ¡Quién se habia de atrever á una cosa semejante!... pero nos arrimabamos de quando en quando á esas ventanas.

LUISA. Y sin intencion ciertamente.

HERMAN. Vaya, despachad mi recado; pero mirad que os prevengo que como se diga por la casa una palabra tan sola, que se haya oido aqui.... una silaba sola de lo que en este salon ha pasado....

LUISA. Pero, cómo, si nosotros no sabemos nada de eso....

FELIPE. Pues si no hemos oido nada.(*vanse.*)

ESCENA XI.

HERMAN SOLO.

¡El ámable.... el virtuoso Ernés!... ¡Qué, cómo era posible que con una fisonomia tan buena, con un exterior tan humano, fuese un pícaro!... Sí, ello es cierto, que no hay cosa mas freqüente.... pero á pesar de que uno en sus juicios pueda engañarse, mejor es suponer buenos á los malos, que injuriar al hombre de bien.

ESCENA XII.

AMELIA, HERMAN Y MATILDE.

HERMAN. (*Viendo á Matilde, que entra con miedo.*) Vamos, pronto y sin miedo, que tengo excelentes nuevas que daros.... Mr. de Orleim ha salido, y no vuelve hasta la noche, conque ¿qué teneis que temer?....

AMELIA. Es lo que os dixe Matilde, que no comia hoy en casa.

MATILDE. (*A Herman.*) ¡Ay señor Herman! habeis tenido la dicha de ver á mi padre.... (*con alegría.*) y yo tambien le he visto. Me puse detras de las almenas, en el mirador, ocultandome bien, y logré fijar sobre él mis miradas.... (*con tristeza.*)

¡pero era á tanta distancia.... tan léjos!... ¡Ah, yo veía como abrazaba á todos, y (pobre de mi) estaba obligada á esconderme!...

HERMAN. Pues vuestra situacion no es tan mala como me imaginé yo.

MATILDE. ¿Por qué?...

HERMAN. Ya ha habido quien os ha nombrado en presencia de Mr. de Orleim, y se le ha perdonado.

MATILDE. (*Con prontitud viva.*) ¿Se han atrevido á hablarle de mí?... ¿y quál ha sido el generoso corazon?...

HERMAN. El de Ernés.

MATILDE. (*Con alegría y viveza á Amelia.*) ¿Lo oís amiga mia?... Ernés, Ernés ha hablado de mí á mi padre.

AMELIA. (*Con especie de severidad.*) Pero ¿y sabeis ya con que intencion?

HERMAN. La mas pura, generosa y noble. A pesar del orden terrible del Conde para que jamas se le nombre á su esposa y Matilde, Ernés le ha hablado por esta; se ha negado él á aceptar la herencia que de derecho la pertenece; ha reclamado á favor de ella las bondades, el corazon y la ternura de un padre; y por último anteponiendo él la ira del Conde á su proteccion; su abandono y miseria á la fea accion de despojar á su prima de sus bienes, se ha portado como un hombre singular,

y ha hecho mas (*á Amelia*) de lo que nosotros mismos hemos siquiera intentado, aun quando teniamos menos que perder.... es sin duda muy acreedor á nuestro afecto, á nuestra gratitud, y aun á nuestra admiracion; y pensabamos ciegamente de él de un modo que le envilecia.

MATILDE. ¡Qué alivio recibe mi corazon con tal noticia! . . . (*á Amelia.*) ¿veis ahora si tenia yo razon quando no queria se sospechase nada malo en él?...

AMELIA. Esa prevencion vuestra á favor de Ernés....

MATILDE. (*Interrumpiendola.*) ¡Prevencion!... porque no me atrevo á pensar mal de nadie.... ¡es de tanto consuelo el pensar bien de todo el mundo!...

HERMAN. (*Cogiendola la mano con arrebato.*) Decís bien amable Matilde....

AMELIA. Tampoco tendria yo necesidad de aborrecer á nadie, si fueseis vos mas dichosa. . . .

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, LUISA Y FELIPE (*llegan corriendo muy asustados.*)

HERMAN. ¿Qué es eso? Luisa.... Felipe....

AMELIA. ¡Cómo venis asi!...

LUISA. ¡Ay, que no puedo hablar!...

FELIPE. Yo estoy temblandome todo.

HERMAN. ¿De qué?...

FELIPE. Ibamos por el jardin....

LUISA. Sin meternos con nadie....

FELIPE. Y en la puertecilla de la cerca, que antes habiamos visto abierta, y cerré yo mismo con llave....

LUISA. Por la parte interior, junto á las ventanas de mi señorita....

FELIPE. Hemos visto quatro hombres, armados y enmascarados. Tuvimos la fortuna de escondernos entre el plantío de arboles....

LUISA. Y desde alli les hemos oido.... Vaya; aqui hay contra esta casa alguna conjuracion terrible....

FELIPE. Seguro.... »Con esta ventana baxa, »decia uno de ellos, tenemos lo que bus»camos.»

LUISA. »Serémos muchos, oí yo á otro, y »bien armados, con mucho azero y tra»bucos»....

FELIPE. A mi me hizo tal eco esa palabra, como es un arma que desde niño he mirado siempre con el mayor respeto, que al punto dixe á Luisa....

LUISA. Yo, yo fuí la que te lo dixe á tí, que no acertabas á moverte, ni á hablar: vamonós al salon del amo; y sin mover ni una hoja, ni pisar casi en el suelo, corriendo, muy acachados hemos llegado

hasta aquí....

FELIPE. Donde al fin respira un hombre.

HERMAN. ¿Qué podrá ser esto?

FELIPE. Son vandoleros: es claro.

AMELIA. ¡Y qué habian de sacar de nuestra pobre habitacion!

MATILDE. (*Asustada, y recostandose sobre un camapé.*) ¡Toda mi sangre se ha helado!

HERMAN. ¿Por qué os asustais Matilde? pues que ya están descubiertos, cómo han de lograr su intencion, qualquiera que sea.

AMELIA. No tardemos en juntar toda la familia para recorrer el jardin, y registrar el palacio.

HERMAN. A eso voy.

AMELIA. Tambien os sigo.

MATILDE. (*Procurando levantarse, sin conseguirlo.*) Tanto es el susto que he tomado, que no acierto á moverme.

HERMAN. ¿Para qué habeis de venir, señorita? No; quedaos aquí, quedaos.

AMELIA. Volverémos al instante.

LUISA. Yo diré por donde estaban.

FELIPE. Lo primero es juntar todos los nuestros, mas que seamos quarenta....

LUISA. Asi es como nos defenderémos bien de quatro. No, no temais señorita.

FELIPE. Quién dixo miedo. . . . Valor amita mia; aprended de nosotros que vamos á la batalla. (*vanse.*)

ESCENA XIV.

MATILDE *sola y sentada.*

¡Me causa rubor tanta debilidad!... mas ¡ay de mí! ¡tan joven y con tantas penas!.... ¡acabáron ya con mi aliento!... (*rato de silencio.*) ¡Oh que recuerdo este tan doloroso para mí!... aquí, aquí estaba mi padre esta mañana. Ahora respiro el mismo ayre que ha respirado. . . . ¡Ah, tal vez ocupo el mismo asiento donde él estuvo sentado. . . . y acaso es en él donde Ernés le habló de mí!... ¡el buen Ernés!... (*se incorpora.*) Estas ideas alibian la opresion dolorosa que experimento siempre aqui; mas sin embargo no bastan á contener mis sollozos.... ¡Ay padre! escuchad á Ernés.... abridme vuestros brazos.... no desecheis esta hija que os ama y respeta.... Con una sola mirada vuestra.... con una sola palabra de vuestra boca, algo expresiva, tendrian fin mis males.... (*paseando el teatro se encuentra delante de la puerta del fondo, desde donde se ve el jardin.*) Por alli viene gente.... ¿si será ya?... ¡Dios mio! no me engaño, no.... ¡Ay Dios que es él, sí, mi padre!... ¿por dónde he de salir? ¡cómo he de huir de él!... (*anda aturdida haciendo varios extremos de desespe-*

racion.) ¿dónde me esconderé? ¡ay desdichada! perdida soy.... abreme tus senos, tierra.... (*aumentando su desorden.*) me esconderé en ellos para libertarme de la vista airada y de la maldicion de un padre. (*Ponese de rodillas á un lado del teatro, un poco vuelta hácia la puerta del fondo, con las manos en el rostro, como queriendo cubrirsele.*)

ESCENA XV.

ORLEIM, *un criado que le acompaña,* Y MATILDE.

ORLEIM. (*Aun en el fondo, antes de entrar por la puerta habla con el criado.*) Estaba tan distraido que me olvidé de cogerlos (*llegandose á la mesa.*) Y yo me los dexé sin duda sobre la papelera, ó en la mesa... miralos; si estaba yo seguro, (*vé ahora á Matilde y exclama con un fuerte grito.*) ¡Qué estoy viendo, Dios justo! Ella es, si......

MATILDE. (*Siempre de rodillas, alargando los brazos hácia su padre.*) Perdonadme padre mio.... perdon.... compadeceos de mi.... (*la faltan la voz y las fuerzas, y cae en tierra desmayada.*)

ORLEIM. (*Corre hacia ella; la levanta del suelo; la sostiene en sus brazos; la estrecha contra su pecho, levantando los ojos al cie-*

lo; suspira; acomodala sobre un camapé, y dice al criado con una voz mezclada de sollozos.) Corre, corre; llama gente, que vengan á socorrerla.... (*sale precipitadamente el criado. Orleim mira con la mayor expresion á Matilde.*) ¡Todas las facciones son de su madre!... el mismo sonido de voz.... (*cogela una mano, se la aprieta llevandosela á su corazon; la desecha; se aparta de ella en silencio con varios extremos; vuelve, arroja un fuerte suspiro; cogela otra vez la mano, y dice mirandola aun.*) Sí; el mismo rostro de su madre, el mismo en un todo.... (*la abraza con arrebato; reflexîona un momento, y dice con una voz alterada; pero firme y resuelta.*) ¡Ay de mí! Si vuelvo á verla triunfará de mi flaqueza.... No, no; yo me defenderé de ella y de mí mismo. (*Retirase de allí.*)

ESCENA XVI.

AMELIA, HERMAN, BLUM, LUISA, FELIPE, MATILDE (*continuando desmayada.*) ORLEIM (*apartado de ella, delante de la escena.*) Y ERNES (*en el fondo del teatro.*)

HERMAN. (*Al entrar.*) Pues, mucha bulla y nada se ha visto.

AMELIA. Es que huyeron sin duda. (*Ahora ven á Orleim y Matilde.*)

HERMAN Y AMELIA. ¡Ay Dios!...

HERMAN. (*Viniendo hácia Orleim.*) ¿Cómo aquí ya, Señor Conde?

ORLEIM. Me olvidé de estos papeles, que he vuelto á buscar. (*Cogelos de la mesa. Ernés viene á donde esta Matilde, y todo turbado procura socorrerla. Orleim pronto á salirse, mira á Matilde; hace un extremo de desesperacion, y despues de un instante de silencio y de inaccion mete en su volsillo los papeles, y dice con voz débil.*) Herman venios conmigo; y seguidme tambien Blum. (*vanse.*)

ESCENA XVII.

LOS ANTERIORES MENOS LOS TRES NOMBRADOS.

ERNES. ¡Oh que terrible acaso!... ¿Qué conseqüencias tendrá?

AMELIA. Matilde, Matilde. ¡Hija!...

MATILDE. (*Volviendo en sí.*) ¿Dónde estoy?

AMELIA. Junto vuestra amiga Amelia, y rodeada de los que mas os estiman.

ERNES. Si bella Matilde: de vuestros mayores amigos, prontos á sacrificarse por vos.

MATILDE. (*Mirando á los lados.*) ¿Dónde está?.... ¿qué se ha hecho?.... ahora mismo estaba aquí.... y me ha apretado mi mano.

AMELIA. Armaos, hija, de valor; y sepamos

sufrir nuestra mala suerte.

MATILDE. (*Asustada.*) ¿Pues qué, me sentenció ya irritado?

ERNES. No; nada ha dicho nuestro tio.... antes bien os miraba suspirando....

LUISA. Y con sus ojos (que yo vi) bañados de lágrimas.

ERNES. No os ha condenado aun.

MATILDE. (*Mirando á Ernés y alargandole una mano, que él besa con modo y arrebato.*) ¿Aqui estais Ernés?... ¡Ya sé quanto os debo!... (*A los que la cercan.*) He oido su voz.... ¡la mas dulce!... y aun creo que me ha estrechado contra su pecho....

AMELIA. ¡Oh! si eso fuese asi....

FELIPE Y LUISA. Pues asi debe de ser.

ERNES. Estoy seguro de que asi ha sido.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS Y HERMAN *que entra despacio, triste y consternado.*

LUISA. Aqui viene el Señor Abate ya.... y, valgame Dios, Felipe, ¡con qué señales de tristeza! ¡Qué teneis Mr. Herman!

HERMAN. No sé si acertaré á decirlo.... mas, no hay remedio.... ¡traigo una orden la mas terrible!

ERNES. ¿De quién es?

HERMAN. De vuestro tio.

AMELIA. ¿Qué contiene?

MATILDE. ¡Yo me estremezco toda ya!

HERMAN. Antes de anochecer es preciso que la Condesita Matilde....

ERNES. Proseguid.

HERMAN. Salga para siempre de estos sitios; y sin arbitrio para volver á ellos. (*Todos á esta noticia manifiestan en sus extremos silenciosos su sentimiento.*)

ERNES. (*Con una fogosa alteracion rompe el silencio general.*) No; no se cometerá esa horrible injusticia.... No ha de sacrificarse asi esta preciosa víctima, ó he de ser herido al mismo golpe. Ya corro á donde mi obligacion me llama.

MATILDE. Deteneos Ernés....

HERMAN. (*Dice la primera palabra al mismo tiempo que Matilde.*) Deteneos.... yo sé que no la salvais, y que os perdereis tambien.

ERNES. ¡Vá!... qué me importa mi pérdida si se verifica la de la inocencia. Mi honor, reposo, ventura, todo lo pierdo, perdiendo á Matilde; ó he de salvarla, ó pereceré con ella. (*vase.*)

MATILDE. ¡El va á aumentar mi desgracia!...

ESCENA XIX.

LOS MISMOS MENOS ERNES.

HERMAN. ¿Qué responderé al Conde?

MATILDE. (*Llorando.*) Que voy al punto á

obedecerle; (*ponese de rodillas con sus manos estendidas hácia el cielo.*) Sed, ¡ó Dios mio! mi amparo y mi refugio: no abandoneis, Señor, esta débil y desgraciada criatura.... (*levantase y recostandose como débil sobre Amelia, la dice.*) Vamos amiga de mi corazon.... Ya no os veré sino este corto rato.

AMELIA. ¡Qué decis Matilde! no me injurieis: ¡yo, dexaros! jamás.... Nos ha de caber siempre una misma suerte. Partirémos lo poco que tengo. No hay desgracia para quien tiene valor, ni pobreza para el que no teme el trabajo y la fatiga.

MATILDE. (*Despues de abrazar á Amelia, se vuelve á Mr. Herman, y besandole la mano, le dice con llanto.*) A Dios, mi Padre Capellan; no me olvideis nunca, pues yo os sabré tener siempre en mi memoria; y hablad alguna vez de la triste Matilde con.... (*señalando á los criados, que todos llorando la rodean.*) estos, que me son muy afectos, y en los que he visto siempre un cierto respeto por la desgracia: la amistad mas sincéra; y la compasion mas desinteresada. A Dios (*á ellos.*) A Dios. Se me arroja de la casa de mi padre, y tengo por fuerza que separarme de vosotros; pero yo, yo os amaré siempre.

HERMAN. (*Enjugandose las lágrimas.*) Conozco aqui cerca los dueños de una Quin-

ta , donde os acogerán perfectamente. Yo haré por pasar á veros antes de la noche, y os procurarémos mañana un asilo mas conveniente. (*Con energía.*) Este es el instante en que debeis excitar todo vuestro aliento : no os consterneis ni os aburrais, por Dios , Matilde. Reflexîonad que para resistir á los golpes de la adversa suerte, os quedan aun....

MATILDE. Vuestra amistad , mi inocencia, el cielo , y mi amiga.... (*Echase llorando en los brazos de Amelia , que sosteniendola asi sale con ella. Las siguen todos con llanto , y se van separando de ellas despues de haber pasado la puerta del fondo con varias señales de dolor.*)

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

VODMAR SOLO.

Cielos , qué noticia para mi!... ¡Matilde desterrada de los sitios mismos que la vieron nacer.... y desterrada por su mismo padre!... Ya no me queda otro medio que el que repugnó siempre á mi delicadeza.... Pues que lo quieren asi , cumplase nuestro destino....

ESCENA II.

VODMAR Y CARLOS *triste, de botas, librea y latigo.*

VODMAR. ¿Qué es eso Cárlos? ¿Cómo es que estás de ese trage? ¿Te se ha encargado á tí el conducir á Matilde?

CARLOS. (*Con un semblante triste.*) ¡Ah! Este será ya tal vez el último servicio que yo la preste.

VODMAR. ¿Pues qué, se marcha esta tarde misma?

CARLOS. Y Madama Amelia la acompaña: ya están en las últimas disposiciones.... Luisa, Felipe y yo las hemos ayudado. La pobre señorita mojaba con sus lágrimas la poca ropa que se lleva. Amelia, llena de indignacion, queria que se lo dexase todo; pero mi ama dixo que eso seria una injuria contra su padre, á quien debe siempre, á pesar del rigor con que la trata, su sumision, su amor, y respeto.

VODMAR. Ya lo ves Cárlos: ahora es quando mas necesito de tu zelo, de tu asistencia, y de ese valor de que me has dado varias pruebas.

CARLOS. Si, si, ¡valor!... Ese ya se pasó; quanto mas se acerca el instante, disminuye mas mi aliento. Esta mañana yo os

animaba Señor Baron ; pero ahora necesito que me volvais á lo menos el que he perdido.... (*Poniendose la mano en el corazon.*) Siento aqui un yo no sé que, que me pronostica que es nuestro proyecto un horroroso delito ; y como jamás he cometido ningun crímen, tengo pocas ganas de empezar esa carrera en la edad que tengo ya.

VODMAR. ¡Pero es posible! ¡Me habias de abandonar ahora!

CARLOS. Reflexîonadlo bien ; mirad que robar una hija....

VODMAR. (*Interrumpiendole.*) Pero ¿á quién se la robamos? No á su padre seguramente ; Matilde no le tiene, pues que él es el que la arroja de sí.

CARLOS. Eso es cierto ; ¡y con la mayor crueldad!

VODMAR. (*Alterandose.*) Ya está la infelíz desterrada de aqui para siempre, abandonada, desheredada y envilecida.

CARLOS. ¡Una criatura tan amable!...

VODMAR. ¿Y habias tu de permitir que cayese en situacion tan desgraciada?

CARLOS. ¿Quién, yo? daria yo mi vida por salvarla.

VODMAR. Pues bien: dí ¿qué es lo que yo intento? su felicidad, quando menos. ¿A qué se dirije el arrojo que te estoy proponiendo? á darla mi mano con mi corazon ; á

asegurarla mi fortuna, y á volverla al estado que debe ocupar en el mundo.

CARLOS. Eso ya lo estoy yo viendo.

VODMAR. ¡Cárlos, portate como hombre! haz por ser compasivo y generoso para salvar una inocente víctima.

CARLOS. Si; si, no os canseis ya mas.... qué cosa habrá que yo no haga por el bien de Matilde; ¡pero digo! que salis vos mismo fiador del suceso: de él dependen vuestra reputacion, y vuestro honor.... Yo soy, por mí, un pobre simple; pero si abusaseis de mi facilidad y me hicieseis contribuir á un delito.... mi vida me importa muy poco, como no viva yo en paz con mi conciencia.... Mas quisiera morirme mil veces, que tener que avergonzarme de mí mismo.

VODMAR. Tranquilizate y confia en mí; tan seguro puedes estár de mi corazon, como del tuyo.

CARLOS. Ea pues, disponed en un todo de mí.

VODMAR. Bien: tu vas á marchar; mis gentes y yo os esperamos en el bosquecillo á un tiro de vala del Palacio. Quando el coche pase le seguirémos á cierta distancia; y en quanto el paraje y la hora nos parezcan favorables....

CARLOS. Pero digo, sin estrépito ni ruido.... Cuidado con causar algun susto á la bue-

na Condesita, que tengamos todos que llorar.

VODMAR. Dexalo tu de mi cuenta.... Ea, á Dios, que viene gente: no quiero que me vean. Cuidado con que me faltes.... y no te pido mas á nombre de la misma Matilde.

ESCENA III.

CARLOS SOLO.

¿De dónde proviene que mi corazon me palpita con tanta violencia.... que siento un desasosiego que me priva de las fuerzas, y aun trastorna todas mis ideas?

ESCENA IV.

CARLOS Y AMELIA *que sale de la habitacion de Matilde.*

AMELIA. ¿Sabes, Cárlos, si el Capellan ha vuelto ya?

CARLOS. Me persuado, Madama, á que no. Si no quiso dexar á Mr. de Ernés.

AMELIA. ¿Pues qué, fue Ernés en efecto á buscar á su tio á la Quinta donde iba á comer?

CARLOS. Nada bastó á quitarselo de la cabeza. Mr. Herman se empeñó en seguirle, encargandome que no os pusieseis en ca-

mino hasta que volviera.

AMELIA. Si que le esperarémos.

CARLOS. Ya está aquí; él es: ya llega.

ESCENA V.

AMELIA, HERMAN Y CARLOS.

AMELIA. ¡Ay amigo! desesperanzabamos ya de poder veros antes de nuestra marcha.

HERMAN. No me ha sido posible volver antes.

AMELIA. ¿Hay algo de nuevo para nosotras?

HERMAN. Nada hay de favorable Madama, y no he querido separarme de Ernés hasta haber perdido toda esperanza. Le acompañé hasta la Quinta donde queda su tio, que sin duda lo habia ya previsto todo. El sobrino solicita hablarle, pero se le niega la entrada; Ernés insiste en ello, mas en vano. Nuestro querido jóven no oye mas que los impulsos de su edad. Oponénse á su paso los criados, y pretende forzarles, á cuyo ruido se presenta el Conde y dice al sobrino. »Huid de aqui, »respetad mi quietud, mi voluntad y mi »desgracia. Yo, yo os mando que os re»tireis, ó llegaré á persuadirme que te»neis la intencion de perder á la que apa»rentais venir á salvar.» A estas palabras cae Ernés pálido y desfigurado en mis brazos. Retirase el Conde, acompañado

de los criados: nos quedamos solos, y le traigo casi arrastrando hasta aqui, donde el llanto, gritos y desesperacion del virtuoso Ernés han desgajado, y resuenan aun en mi corazon.

CARLOS. (*aparte.*) Vaya, con lo que ahora oygo me determino con placer: Haré en ello una heroyca accion.

AMELIA. No solamente para con su hija es el Conde cruél.

CARLOS. Si; cruél é inhumano son los nombres que deben darsele.

HERMAN. ¡Ah! no; lo que sufre interiormente no manifiesta en él crueldad. Esperemoslo todo del tiempo, de la paciencia y virtud de Matilde.... Por último, partid ya Madama.... Os va á conducir Cárlos, y mañana.... pero ¿no es este Mr. de Orleim? (*Viendole llegar.*)

AMELIA. ¡Y no puedo ya huir de él!...

ESCENA VI.

ORLEIM, HERMAN, AMELIA Y CARLOS.

ORLEIM. Si ha vuelto aqui mi sobrino, le direis Herman de mi parte, que le ruego no me vea hoy, que mañana nos hablarémos. (*Vase Herman. Vuelvese á Amelia que habia dado algun paso para marcharse.*) Esperad un instante Madama, pues tengo que hablaros.... ¿Creo que vais á partir?...

AMELIA. Si señor, me es imposible separarme de la hija de mi mayor amiga. Vivo solo para amarla, consolarla en sus penas, y sabré dividir con ella sus pesares hasta mi último suspiro. Tampoco olvidaré Señor Conde, que habiendome vos visto viuda, joven y en la indigencia, remediasteis mi desgracia. Siempre tendré presentes vuestros beneficios; pero os confieso tambien que desde que empecé á notar el despego con que me tratabais, no los hubiera ya aceptado si las penas de mi difunta amiga, la infeliz juventud de su hija, y el futuro terrible con que estaba amenazada, no me hubiesen precisado á continuar recibiendo vuestros dones, imponiendome la necesidad de exîstir á vuestro lado.

ORLEIM. (*Con un movimiento de desagrado que procura reprimir.*) ¿Pues por qué esa altivez, que no me atrevo á desaprobar, esa delicadeza, y esos nobles sentimientos llegaron algun dia á dementirse?

AMELIA. ¿Qué me quereis decir con eso?

ORLEIM. (*Como resuelto á explicarse y conteniendose.*) Nada.

AMELIA. (*Alterada.*) Explicaos Señor Conde. Tal vez de algun tiempo á esta parte se denigra mi proceder con algunas odiosas sospechas, y no sé de qué podais acusarme.... Habladme claro.

ORLEIM. No ; pues acaso me excedería.

AMELIA. Poco importa.... ¿Qué testigos deponen contra mí?

ORLEIM. Vuestra misma conciencia , y ella sabrá vengarme.

AMELIA. ¡Ay Matilde , Matilde! Por tí sufro yo esto....

ORLEIM. Esta es la primera ocasion en que se me ha escapado mi queja.... En fin el mal es ya sin remedio, conozco ahora que ni aun hubiera debido soltarla , pero no es uno siempre dueño de sí mismo.... (*A Herman que entra en este instante. Cárlos siempre separado.*) Venid acá , aproxîmaos. (*A Amelia.*) Aqui teneis , Madama, la escritura de donacion que os asegura á vos misma , y á la hija de vuestra amiga, la posesion de la heredad aquella , con casa , donde vivisteis diez años. En esta cartera teneis ademas varias letras con que podais procuraros siempre una exîstencia honrosa y cómoda ; pero cuenta con lo que vais á oir. Que yo viva ó muera,... (*Como recargandose en ello.*) harto lo sabeis vos misma , jamás el Varon Vodmar debe recibir la mano de la que vais á acompañar.

AMELIA. (*Admirandose.*) ¿Y yo sé eso? ¿Quién.... yo?

ORLEIM. (*Mirandola de fixo.*) Sí ; sí.

AMELIA. Con cada palabra vuestra se au-

menta mas el motivo de mi confusion.

ORLEIM. (*Irónicamente.*) Os lo creo.... ¡Cárlos! ¿Qué, estabas dispuesto para partir tú solo?

CARLOS. Si señor.

ORLEIM. ¿Pues cómo?

HERMAN. Porque solo un coche de á par se habia preparado, y esperabamos....

ORLEIM. (*Interrumpiendole.*) No; haced que todos mis criados monten á caballo; que se armen bien, y que escolten ese coche....

CARLOS. (*Aparte.*) Ya dió en tierra nuestro proyecto.

ORLEIM. Tengo muy presente lo que dixo al salir de aqui el atrevido Vodmar.... No hay que fiarse de su edad, ni de su genio.... (*á Amelia.*) La Granja en que vais á vivir, llena siempre de criados, os pondrá á seguro de qualquiera osadia. En fin cuidaré yo de todo eso.... Vaya Cárlos, tú, ¿qué aguardas?

CARLOS. Allá voy.... (*aparte marchandose.*) No nos queda mas que un medio, apelarémos á él. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS MENOS CARLOS.

ORLEIM. (*Con una voz débil y los ojos baxos. A Amelia.*) Si en alguna ocasion hubiese necesidad de mis consejos, de mi protec-

cion, ó de mis intereses, aqui estoy pronto;... (*Con un sentimiento profundo.*) el honor tiene sus leyes, aunque por lo comun crueles, pero la humanidad no debe olvidar sus obligaciones.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y FELIPE.

FELIPE. ¿Qué, habeis mandado tambien, señor Conde, que vuestro sobrino Ernés se marche hoy de aqui?

ORLEIM. ¿Por qué?

FELIPE. Porque tiene ya dispuesto su caballo con una maletica á la puerta falsa del jardin.

ORLEIM. ¿Y dónde vá?

FELIPE. Yo no lo sé; pero le he visto en su quarto, entreabierta la puerta, y he podido notar que está escribiendo, que se le saltan las lágrimas, y que os nombra mucho.

ORLEIM. Hérman, Felipe, corred y traedmele aqui al punto.... Id tambien con ellos Madama á traerme á Ernés. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

ORLEIM SOLO.

¡Pobre simple! ¡Que quiere! ¿Qué es lo que iba á hacer? ¡Vá á dexar á su amigo, á

su padre!... pero ¿puedo yo afear su proceder?... por otro lado ¿sabe el mundo los justos motivos que me obligan á obrar asi?... ¿conocen los hombres mi injuria afrentosa, y mi desesperacion? Es claro: culparán á Ernés por las penas de Matilde; pero Ernés no es sino muy laudable, y por lo mismo no quiere tener de que avergonzarse.... Yo, yo soy quien debe perderlo todo. Yo, á quien ha condenado el cielo á no encontrar en el mundo sino afliccion, aun en aquellos afectos tan dulces donde todo ser humano halla su felicidad.

ESCENA X.

ORLEIM, ERNES, AMELIA Y HERMAN.

HERMAN. Tenia razon Felipe. Iba á marcharse ya Ernés. Os dexaba una carta, donde os demostraba sus motivos; pero en consideracion al tierno afecto que os debe, le he podido vencer á que os los manifieste verbalmente. Aqui le teneis.

ORLEIM. ¿Conque es cierto que me dexabais?... ¡Es posible! ¡Ernés, Ernés!

ERNES. (*Queriendo echarse á sus pies.*) ¡Ay padre mio!... Vuestro honor y mi obligacion....

ORLEIM. (*Con bondad alzandole.*) Ni mi honor, ni vuestra obligacion pueden exîgir que me abandoneis.... es un error....

ERNES. ¿No vá á partir Matilde?

ORLEIM. (*Con los ojos baxos y una voz sofocada.*) Pero si es indispensable.

ERNES. ¿Y sois vos mismo quien lo ordena?

ORLEIM. (*Con un suspiro que procura contener.*) Si no puedo menos.

ERNES. Pues eso es tambien desterrar de aqui á Ernés para siempre. Vuestro corazon es muy justo, y no dexará de conocer que asi debo hacerlo.

ORLEIM. (*Mirando y hablandole con ternura.*) ¿Eso es que os pensais que os acompañarán mis cuidados, en el sitio de destierro que escojeis?

ERNES. Ya sé que no debo solicitarlo.

ORLEIM. ¿Pues qué arbitrios teneis para vuestra subsistencia?

ERNES. Uno solo: el de la feliz educacion que debo á vuestros beneficios: vivir para amaros, y morir colmandoos de bendiciones: esta es mi esperanza.

ORLEIM. ¿Pues, y el destino brillante que yo te preparaba?

ERNES. (*Con firmeza.*) Si ya he dicho con resolucion que jamás querré enríquecerme con los bienes del desgraciado. ¡Tio mio! el momento en que vuestra hija aburrida dexa por fuerza la casa de su padre, es el instante en que debe tambien echarse fuera de ella aquel á quien se podria acusar de haber tramado su pérdida.

ORLEIM. Te reconozco por un hombre de bien, y veo que tu corazon ha llenado mi esperanza. Léjos de que por ese modo de pensar pierdas en mi concepto, aumentas con él la estimacion que me habia inspirado tu caracter, y te amaré desde hoy aun mas; por lo mismo, á pesar de tus resoluciones, solamente la muerte podrá separarnos.... (*sin poder contener su llanto.*) Sí; tú recibirás mi último suspiro; cerrarás mis ojos; llorarás sobre mi sepulcro, y vivirá eternamente mí memoria en tu buen corazon.... Por estas lágrimas que me ves derramar te ruego que no abandones á un anciano que no tiene en el mundo otra persona que la tuya para su consuelo. . . . ¡Ernés!. . . ¡Mi querido Ernés! Compadecete de tu padre á quien no le es permitido el explicarse.

ESCENA XI.

LOS MISMOS Y LUISA (*á los principios desde dentro*) FELIPE *sale á su tiempo.*

LUISA. (*Dentro.*) ¡Amparo, socorro, amparo!

ORLEIM. ¿Qué es eso?

LUISA. Favoreced á Matilde, á Matilde.

AMELIA. (*Asusiada.*) De Matilde creo que hablan.

FELIPE. (*Corriendo, con otros muchos criados que salen.*) Se oyen fuertes gritos en la

habitacion de nuestra ama, y la voz de Luisa es la que mas se percibe.

ORLEIM Y ERNES. Veamos lo que es.

HERMAN. Vamos luego.

LUISA. (*Entra ahora en el mayor susto y desorden; dexase caer en los brazos de los que la cercan, toda pálida y con una voz débil.*)

ORLEIM. ¿Qué tienes?

AMELIA, HERMAN Y ERNES. Dí: habla.

LUISA. Que unos malbados.... quando mi señorita.... y Vodmar con ellos....

ORLEIM. Pero vaya ¿qué han hecho?

LUISA. Yo le he conocido: si; estabamos solas mi señorita y yo.... han quebrado una ventana, y se arrojan por ella á nuestro quarto unos hombres, guiados por Vodmar, y.... se han llevado á Matilde medio muerte, y casi á rastra.

TODOS. Corramos todos.

ERNES. ¡Dios justo!...

ORLEIM. (*Con voz fuerte.*) Ernés en tí confio; vuelveme mi hija.... traeme á Matilde (*moderandose.*) Cojed todos las armas. Vamos allá todos.... ¿Qué? ¡No soy aun bastante infeliz! (*Salense precipitadamente y cae el telon*!

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

HERMAN, ORLEIM, ERNES, MATILDE, AMELIA, FELIPE, LUISA Y DOS CRIADOS.

(Al alzarse el telon se ve toda la familia de casa junta. Matilde, á la qual se ha arrancado de las manos de sus raptores, está recostada sobre un camapé, pálida y con los cabellos sueltos, mirando con temor á su padre, con cuyas miradas como que implora su piedad. Amelia está junto á ella prodigandola sus caricias. Luisa, arrodillada delante de Matilde la tiene cogida una mano que besa con arrebato. Felipe, en pie, al lado de Amelia, manifiesta en su rostro la alegría quando mira á Matilde, y la inquietud mirando á su padre. Herman junto á Orleim, y quando este mira á su su hija procura aquel con alguna accion acercarle á ella. Ernés puesto entre su tio y su prima se esfuerza con maña porque su padre vea á la hija. Orleim echa con disimulo algunas miradas hácia Matilde, y como que quiere dar algun paso para aproxîmarse á ella; pero se contiene, aparta de alli su vista, y continúa hablando con los otros.

Es de noche, hay dos bujias sobre la me-

sa, y en el fondo del teatro están varios criados armados aun, y con hachas encendidas.)

HERMAN. (*Al Conde.*) Habeis estado expuesto, Señor Conde; siento no haberme hallado á vuestro lado.

ORLEIM. (*Señalando á Ernés.*) Ese es nuestro Libertador. Hay está el que ha desconcertado á Vodmar: aquel pícaro que huía de mí, y como que no quería pegar con otro que con mi sobrino.... ¡Ah, querido! (*Mirando á Matilde y hablando con Ernés.*) ¡Valeroso Ernés! ¡no sabes quanto te debo! .. (*Conteniendose como sintiendo haber dicho de mas.*)

ERNES. He cumplido con mi obligacion, y nada mas. (*Se vuelve á Matilde con un tierno interés.*) ¿Estais, prima, algo mas restablecida del susto?

MATILDE. (*Mirando alternativamente á Ernés y á su padre; á este con miedo.*) Ya podeis comprehender.... la impresion que debe tener aun sobre mi corazon este suceso, aunque el conocimiento de lo mucho que os debo, y mi debida gratitud, suavizan algun tanto lo amargo de mi situacion. (*Mirando la mano de Ernés embuelta en un pañuelo con sangre.*) ¡Ay primo! ¡quánta sangre derramais! ¡Estais muy herido!.....

ORLEIM. (*Asustado.*) ¡Qué!... ¡Herido!

ERNES. No es cosa: esto es nada.

ORLEIM. Al menos que busquen un facultativo.

ERNES. Si no merece la pena: es solo un arañazo.

MATILDE. (*Cogiendo la mano herida de Ernés con el acento mas tierno.*) ¡Ay! ¡herido!... ¡Y por mi causa!...

ERNES. (*A voz baxa procurando que no le oiga Orleim.*) ¡Ah mi vida!... (*Con fuego.*) ¡Quando sereis dichosa!...

ORLEIM. ¿Y el insolente Vodmar, y sus malbados cómplices?...

FELIPE. Seguros están, y separados. Mis compañeros, bien armados, les hacen la guardia.

ORLEIM. No tardará ya en amanecer...... Al punto Padre Capellan partireis á la Villa inmediata á avisar á la justicia. Os doy comision para que executeis quanto se deba contra unos viles raptores....pero Cárlos no anda por aqui; y quando alcanzamos á los facinerosos, creo que le alcanzé á ver muy retirado de nosotros.

FELIPE. Verdad es, si señor.... pero tal vez sería por tener miedo, pues no todos han de ser valientes.... Ha, si, tambien ahora me acuerdo que luego que se enzarzó la gresca se encendió su corazon, y daba el golpe que undia; se necesita hacerle en esto justicia.

ORLEIM. (*Mira á Matilde con expresion y ter-*

nura, se acerca como para tomarla la mano, pero se contiene; suspira y despues de un corto silencio se acerca á Amelia, y la dice con sentimiento.) Podeis Madama subir ya á vuestra habitacion, con.... vuestra amiga; y tenedme gran cuidado de ella si quereis complacerme.... (*Procurando dominarse, habla con ternura, pero sin mirar á Amelia ni á Matilde.*) Y ya os lo he dicho: en todo caso y por grande distancia que nos separe, no dexaré de tomar siempre el mayor interés en quanto os suceda: ea id seguras.

MATILDE. (*Con un acento doloroso, y acompañada de todos los actores, dice al marcharse.*) ¡Triste de mí! ¡aun no se cambia mi suerte!

ESCENA II.

ORLEIM (*solo, apoyandose sobre un camapé, y despues de un corto silencio.*)

¡Crueles resentimientos de un amor ultrajado, os opondreis siempre á mi felicidad!... ¡Qué es esto!... ¡Qué es de mí!... ¿dónde, dónde iré á llevar mi desasosiego.... el desorden de mis ideas, y los combates que desgajan mi alma? . . .

ESCENA III.

ORLEIM Y CARLOS (*que entra descolorido, desfigurado, y con su vestido exterior mal puesto.*)

ORLEIM. ¿Qué me traes ahora?... Dexame.

CARLOS. Vengo á rogaros, Señor Conde, que me oigais un instante.... tengo que pediros....

ORLEIM. ¿Qué cosa?...

CARLOS. Mi castigo.... le merezco muy grande, pues yo os he vendido.

ORLEIM. ¿Cómo? ¿tú?

CARLOS. Soy quien facilitó al Varon de Vodmar el medio de introducirse aquí, dandole la llave de la puerta falsa del jardin. Jamás sin mí lo hubiera tal vez intentado....

ORLEIM. ¡Tú! ¡infelíz!... ¿Pues qué te movió á tal crimen?

CARLOS. El llegar á creerme que aborreciais de veras á vuestra hija.... Veía yo que la abandonabais; que sus estados serian la herencia de otro; y considerandomela sin amparo, me esperaba que Mr. de Vodmar (como me lo aseguraba él mismo) repararía todo el mal de que erais causa.... Lo que esta noche os he visto, Señor, hacer por ella, me prueba ya que me he engañado. Cometí en fin el crimen persua-

dido á que era una heroica accion: sé que no soy por eso menos culpable, y vengo por lo mismo á someterme á la pena debida.

ORLEIM. (*Despues de un rato de agitacion y silencio.*) Con que por último has cometido ese delito por afecto é interés de Matilde; pues retirate de haí.... estas perdonado.

CARLOS. ¡Qué exceso de bondad!... Ahora ya que habeis vuelto vuestro cariño á nuestra amable señorita vuestra hija.... ahora que sois un buen padre ya, daré mi vida por vos, y lo mismo hará toda vuestra familia.... ¡Ay amo mio! esto solo os faltaba....

ORLEIM. (*Confuso.*) Ya te he dicho que me dexes.... ¿quieres marcharte?... (*Salese Cárlos lleno de alegría despues de haber besado las manos de Orleim.*)

ESCENA IV.

ORLEIM.

¡Qué predominio tiene esta criatura sobre los que la rodean!... es siempre dueña de los corazones de todos!... ¿y será el mio el solo?... ¡pero, cómo no! si su madre me fue infiel y criminal.... aun asi, Matilde es inocente; se cree mi hija, y á pesar de mi continuo rigor, su tierno amor para con-

migo, su respeto y su humilde paciencia jamás se han desmentido!... su juventud, sus gracias, su virtud y su misma desgracia ¿no debian hacermela querer? . . . ¡Orleim! . . . dexate ya de aborrecerla : el odio es un tormento.... ¡Orleim! adopta, adopta esta niña que tanto te ama, y á la que no puedes mirar con indiferencia. . . . Si, Matilde ¡venciste! no sería justo que tu filial ternura luchase en vano contra el honor, que te arrojaba de mí, y contra el recuerdo de una injuria de que no eres culpable. Yo, yo seré tu protector, tu amigo y tu amparo, y tu harás que mi último dia me sea felíz.... (*Alterado viendo entrar á Vodmar.*) ¡Hola! ¿qué veo?.... ¿Quién es? . . . .

ESCENA V.

VODMAR Y ORLEIM.

ORLEIM. ¿Cómo te atreves, vil raptor?....

VODMAR. (*Con resolucion.*) Poco ruido Orleim....

ORLEIM. ¿Pues qué? ¿tu osadia?....

VODMAR. Dexemonos de voces.

ORLEIM. ¡Cómo que! insolente.... No sabes que tengo á mi disposicion una multitud de hombres, que á la menor señal mia....

VODMAR. Cuenta con que la dés, Conde, que

estoy ya desesperado.

ORLEIM. ¿Intentas acaso quitarme la vida?

VODMAR. ¡Yo! ¡Dios mio!... Pues ¿no eres el padre de Matilde?

ORLEIM. ¿Y qué quieres tú con eso?

VODMAR. Dar fin á tus males; revelarte un terrible secreto, ú perecer á tu vista si llega tu imprudencia al extremo de no querer escucharme, despreciando la felicidad que vengo á ofrecerte, y la tranquilidad dichosa que quiero restituir á tu corazon. Esa multitud de hombres que tienes á tus ordenes, á quienes habias encargado que me custodiasen, agobiados por la fatiga se han rendido al sueño. Me he aprovechado de la ocasion: les he cogido sus armas; (*enseña dos pistolas*) y si ahora te hallo inflexîble, sabré arrancarme de la muerte ignominiosa que me obligaste á merecerme.... Te ruego, Conde, que me oigas; voy á hablarte de Matilde por la última vez.

ORLEIM. (*Despues de un rato de silencio.*) Despachate; habla.

VODMAR. Te pedí ya su mano....

ORLEIM. Y te la negué porque debia hacerlo asi.

VODMAR. Tu la aborrecias....

ORLEIM. No tal....

VODMAR. Si, pues que la abandonabas, la desterrabas de aqui.

ORLEIM. Pero sintiendolo yo mas que ella.

VODMAR. Como es cierto que la privabas de sus bienes, de su familia, reposo y felicidad, intenté darla todo esto....

ORLEIM. Por medio de un crímen.

VODMAR. Ya vengo ahora deseoso de repararle. Dame tu hija, eligeme por tu yerno, y te doy en cambio la felicidad de tu vida.

ORLEIM. ¡Y te atreves aun á insistir en eso! ¡tú!... ¡el hijo de Vodmar!... ¡como ha de ser Matilde tu esposa! ¡infeliz!... ¡si intentas un nuevo crimen!... ¡Oh, si pudiera yo hablar!

VODMAR. Habla; ¿qué cosa hay que no pueda yo oirte, y á la qual no pueda responderte?

ORLEIM. Pues en ese supuesto, ya que es preciso que te revele mi oprobio para salvarte de un remordimiento eterno, sabete que Matilde....

VODMAR. Prosigue....

ORLEIM. Es tu hermana.

VODMAR. ¿Mi hermana? ¿Y tu lo has llegado á creer?... ¿Y es la causa esa de la aversion que la tienes, de tus menosprecios, y de su triste desgracia?... Llegó en fin el tiempo de que se abran tus ojos. Un falso honor, y una fatal preocupacion me han tapado hasta aqui la boca; pero la virtud, la humanidad y mi amor me obligan ya á

romper mi silencio.... Orleim mirame á tus pies.... perdona á un hijo el que no haya querido deshonrar á su padre.... perdoname el miedo que he tenido de que me mirasen las gentes con vergüenza si te descubria este secreto de iniquidad, de que fue autor mi difunto padre, y tu corazon fue la víctima.... (*pone las pistolas sobre la mesa.*) Aqui tienes armas: me entrego en tus manos para que determines de mi suerte despues de que hayas leido este papel.... (*dale una carta.*) Toma, y lee esta carta que un padre moribundo dexó en mi poder: monumento eterno de su arrepentimiento, y de la inocencia de la persona que tu mas amabas: este escrito, en fin, que si hubiese yo cumplido con su última voluntad, hubiera debido entregartele un año há; pero me le he guardado por orgullo, por un culpable respeto por la memoria de mi padre, y ya mis remordimientos me fuerzan á ponerle á tus plantas.

ORLEIM. (*Cogiendo la carta con una mano trémula.*) Si; reconozco su letra, ella es; pero ¡que voy á leer! (*Lee en voz alta.*)

»Yo muero, y todo va á acabarse para mí, sin que me siga á la eternidad »otra cosa alguna que el penetrante arrepentimiento que me está deborando. »¡Perdon! ¡perdon Orleim! Si tu me per-

»donas tal vez me perdonará tambien un »Dios terrible y vengador.... Orleim abre »tus ojos, mira mi crimen, y cerciorate »de la inocencia de tu esposa Carolina, »que siempre te fue fiel.... (*Con exclama-»cion.*) ¡Ella inocente!... ¡Ay de mí!... »(*prosigue leyendo, y quanto mas ve la »carta aumenta mas su llanto.*) Pretendi-»mos tu y yo su mano, y despreciando-»me hizo mas caso de la tuya. Reconcen-»tróse en mi corazon mi rabia, y medité »una venganza horrible, que pude lograr. »Estando tu para hacer un viage quisiste »llevarte el retrato de tu muger y no se »encontró, porque tuve arbitrio para ha-»cerme con él. Vuelves de tu ausencia, y »esta miniatura con una carta calumnia-»dora que la acompaña y que hize caer »en tus manos, producen el triste efecto »que yo deseaba. Es deshonrada á tus »ojos tu virtuosa Carolina; la arrojas de »tu lado; desconoces á tu hija, tu propia »sangre.... la maldices.... y».... (*Repre-senta.*) ¡Cielos!... no puedo mas. (*Cae so-bre un camapé.*)

VODMAR. (*Abrazandole y de rodillas aun.*) ¡O Dios!... Felipe.... Cárlos.... Ernés....

ESCENA VI.

LOS ANTERIORES, FELIPE Y HERMAN.

FELIPE. (*Al entrar hablando con Herman.*) Se nos escapó.... pero no; aqui está.

HERMAN. ¿Y qué gritos han sido estos?........ (*Corriendo hácia Orleim.*) ¿Qué es esto? ¿en qué estado os hallo?....

ORLEIM. (*Como fuera de sí y con una voz débil.*) ¡Mi hija!.... ¿dónde está mi hija? id y traedme á Matilde.... quiero abrazar á mi hija....

HERMAN. Ya vuelvo á encontrar á mi virtuoso Orleim. (*Corre á la habitacion de Matilde.*)

ESCENA VII.

ORLEIM Y VODMAR.

VODMAR. Volved en vos Orleim: recobrad vuestros sentidos.

ORLEIM. Mas facilmente se sobrelleva una mala noticia, que la de una dicha inesperada. (*Alcanzando á ver á Matilde.*) Esa es mi hija, si, mi hija.

ESCENA VIII.

ORLEIM, MATILDE *que baxa de su quarto con* AMELIA Y HERMAN; VODMAR, ERNES, LUISA, FELIPE, BLUM, CARLOS Y TODOS LOS CRIADOS *entran con precipitacion por la puerta del fondo.*

ORLEIM. (*Sentado aun.*) ¡Hija mia! Ven, ¡corre hija!....

MATILDE. (*Echandose en sus brazos.*) ¡Ay Dios, y que dulce nombre!....

ORLEIM. Echate sobre mi corazon, y estrechame contra el tuyo....

MATILDE. ¡Ay padre de mi alma!...

ORLEIM. Repiteme ese nombre: haz que le oiga yo mil veces de tu boca.

MATILDE. ¡Padre!... (*Mirando á todos.*) ¡Mi padre!...

ORLEIM. Perdona, hija mia, mis injustos rigores; perdoname las lágrimas que te hice verter: esta es la única gracia que tu padre te pide ¿me la concederás?...

MATILDE. (*Llorando.*) ¡Ay!... Si estoy en vuestros brazos: ya no me acuerdo de mis penas pasadas.

ORLEIM. (*Dexando de sus brazos á Matilde se vuelve hácia Amelia.*) Y vos, Madama, amiga la mas fina de mi virtuosa Carolina....

AMELIA. (*Con un grito de alegría.*) ¿Qué está ya justificada?

ORLEIM. Si, si, lo está.... ¡Matilde, hija mia! mira; haí tienes al que debes tú tu padre, y yo mi hija (*Señalando á Vodmar.*) Te ama, pretende tu mano; pero pues que de semejante eleccion depende tu felicidad, tu sola debes decidir. Habla; sentencialé.

MATILDE. (*Mudando su color*) ¡Yo!...

ERNES. (*Aparte con susto.*) ¡Dios mio!...

ORLEIM. Dí tan solo una palabra.

MATILDE. (*Tituveando.*) ¡Ay padre mio!...

ERNES. ¡Perdido soy!...

ORLEIM. ¡Qué es lo que ahora noto!...

VODMAR. No temais Ernés.... Señorita no me temais, no.... (*á Orleim.*) Ahora descubrís aqui otro secreto, que ya habia yo penetrado á pesar de la ilusion con que procuraba seducirme. Conde, haced felices para siempre á Matilde y Ernés, segun os lo ruego. De este modo debo expiar yo mis errores, y asi es como conseguiré el reconciliarme conmigo mismo: dexarán los dos de aborrecerme; vos mismo me estimareis mas, y mi padre y mi corazon no lo perderán todo.

ORLEIM. (*Coge á Vodmar la mano en señal de aprobacion, y dice despues á Matilde.*) ¿Tiene razon Vodmar en lo que dice? di Matilde.... ¿prefiere á Ernés tu corazon?

MATILDE. (*Con ingenuidad.*) Lo ignoraba yo, padre mio; pero acaban de hacermelo saber.

ORLEIM. (*Con dulzura á Ernés.*) Y tú, hijo mio, tu que poco há te negabas á decirme....

ERNES. ¿Cómo habia yo de atreverme á declarar, ni aun á mí mismo, un sentimiento que mi situacion puede degradar en el concepto de los hombres?

ORLEIM. Al que no le acusa su propia conciencia nada le degrada.... te he llamado siempre mi hijo, no quiero perder esta costumbre; recibe de mí lo que mas amo en el mundo. Tuya es Matilde.

MATILDE Y ERNES. (*Echandose á los pies de Orleim.*) ¡Padre mio!... ¡Amado padre!...

TODOS. Solo con eso somos todos dichosos.

ORLEIM. (*Llevandose á un lado á Vodmar le dice con zelo.*) Es el sepulcro un sagrado asilo que deben respetar el odio y la venganza....(*Le da las dos cartas, la que estaba en la cartera, y la que le entregó Vodmar.*) Perdono á tu padre, y no perturbaré su memoria.... mi corazon te promete, Vodmar, un secreto inviolable de todo lo pasado.

VODMAR. Procuraré hacerme digno de ese noble proceder.... Ernés lograd de vuestra dicha por muchos años, y acordaos bella Matilde del que os procura vuestra

felicidad: no pierdo enteramente la mia, pues que al fin he podido restituirosla. (*Vase.*)

ESCENA IX. Y ULTIMA.

ORLEIM. Permita el cielo que la aurora que va á parecer, ilumine vuestro himeneo y mi felicidad. (*Abrazandoles con llanto.*) ¡Querido hijo!... ¡hija del alma!... ¡Ha!... ¡Ya no vive mi adorada Carolina.... pero á lo menos soy aun padre!...

(*Correse el telon.*)

FIN DE LA PIEZA.